

AGOSTO 4 de 1920

34.^a REUNIÓN — 25.^a SESIÓN ORDINARIA

PRESIDENCIA DE LOS SEÑORES DON ARTURO GOYENECHIE
Y DON TEÓFILO SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE

MINISTRO PRESENTE: de hacienda, Dr. Domingo E. Salaberry; DIPUTADOS PRESENTES: Agüero Vera J. Z., Albarracín Francisco L., Aldao Ricardo, Anastasi Leonidas, Andreis Fernando de, Arana Eduardo, Aranda Macedonio, Arámburu Juan B., Aráoz José Luis, Arnedo Rodolfo, As-trada Manuel J., Bary Alberto de, Barrera Nicholson Antonio, Bas Arturo M., Begueristain Ma-nuel, Beiró Francisco, Bermúdez Manuel A., Berrondo Valentín, Bravo Mario, Bunge Augusto, Ca-brera Enrique, Cafferata Juan F., Capurro Juan J., Caracoche Pedro, Cárcano Ramón J., Carol Absalón, Carosini Alberto H., Casás José O., Ceballos Mariano P., Cesia Ernesto H., Costanti Ge-rardo, Cortínez Domingo, Corvalán Santiago E., Correa Francisco E., Costa Julio A., Cristobo G-umersindo, Daneri Luis M., Davel Ricardo J., Demaría Mariano (hijo), Díaz de Vivar Ramón, Dick-mann Enrique, Dussaut Rubén, Echagüe Alfredo, Escobar Adrián C., Fernández Jacinto, Ferrarotti Juan L., Ferreyra Andrés (hijo), Fox Pedro A., Francioni Isaac, Frugoni Juan José, Gallardo Ma-nuel, Gallegos Moyano Carlos, Gatica Teófilo I., Gibert Pedro F., Gil Matías, González Iramain Héctor, González José Antonio, González Zimmermann A., Goyeneche Arturo, Grau José M., Güerci Luis, Hernández Sabá Z., Justo Juan B., Lagos Joaquín, Landaburu Laureano, Leguizamón Arturo, López Héctor S., López Anaot Pedro, Lozano Antonio, Maidana Julián, Martínez Benigno, Martínez Enrique, Martínez José Heriberto, Martínez José M., Massoni José S., Méndez Casariego Alberto, Míguez Edgardo J., Miñones Alejandro, Molinas Luciano F., Montes José Antonio, Mora y Araujo Manuel, Moreno Julio del C., Mouesca Eduardo, Muzio Agustín S., Noriega José Víctor, Núñez Pe-dro R., O'Farrell Juan A., Oliva Moisés J., Olmos José T., O'Reilly Guillermo R., Ortiz Roberto M., Otamendi José A., Padilla Eduardo, Parodi Silvio E., Parry Roberto, Peña Manuel, Pereyra Rozas Ricardo, Pérez Virasoro Evaristo, Pinedo Federico (hijo), Pintos Angel, Pradère Carlos M., Quin-teros Eduardo F., Quiroga Marcial V., Quirós Hermínio J., Repetto Nicolás, Rodeyro José León, Ro-dríguez Calixto A., Rodríguez Carlos J., Rodríguez Jorge R., Rothe Guillermo, Rougés León, Sán-chez de Bustamante Teófilo, Sánchez Sorondo Matías G., Santa María Arturo, Solanet Pedro, Ta-boada Diógenes, Tamborini José P., Tierney Juan S., Tomaso Antonio de, Tomaszewski Eduardo M., Usandivaras Agustín, Valle Delfor del, Vedia Mariano de, Villafañe Benjamín; PRESENTES, DES-PUES DE HORA: Fernández Daniel, Lencinas Carlos Washington, Remonda Mingrand F.; AUSEN-TES, CON AVISO: Avellaneda Marco A., Cardarelli Emilio, Garat Damián P.; AUSENTES, CON LICENCIA: Aráoz Miguel A., Avellaneda Nicolás A., Cabrera Aníbal, Molina Víctor M., Moral Er-nesto M. del, Quellet Emilio, Raffo de la Reta Julio C., Rubilar Francisco; AUSENTES, SIN AVI-SO: Agesta Enrique, Alemán Eugenio, Anello Arturo, Bréard Eugenio E., Guido Mario M., Isnardi Arturo, Laurencena Miguel M., Lehmann Guillermo, Oyhanarte Raúl F., Padilla Ernesto E., Paz Al-berto J., Riú Francisco A., Robín Castro Napoleón, Santamarina Antonio, Vera Octaviano S., Ver-gara Valentín, Yoldo Lauro.

SUMARIO

1.—Se da por aprobada el acta de la sesión anterior.

2.—Asuntos entrados.

I—Comunicaciones, despachos de co-misión y peticiones particulares.

II—Proyecto de ley del señor dipu-tado Rodríguez (C. J.), por el que se modifica la ley de jubila-ciones civiles.

III—Proyecto de ley reproducido por el señor diputado Daneri, por el que se acuerda un subsidio a la sociedad pro salón tuberculosos de Gualeguaychú.

IV—Proyecto de ley del señor dipu-tado Cárcano por el que se modi-fica la de matrimonio civil.

V—Proyecto de ley del señor dipu-tado Gallegos Moyano por el que se modifican los artículos 187 y 188 del código de comercio, re-lativos a retardo en los trans-portes.

3.—Licencia para faltar a sesiones acorda-da al señor diputado Bermúdez.

4.—Indicación aprobada del señor diputado Rodríguez (J. R.), para que se autorice al señor presidente a invertir hasta fines de año los sobrantes del presupuesto en reparaciones de la casa.

- 5.—**Pedido de pronto despacho** formulado por el señor diputado **González Iramain** en favor del proyecto sobre **represión de los trusts**.
- 6.—**Moción** del señor diputado **Gallegos Moyano**, aprobada, para que se consideren los despachos pendientes sobre **créditos suplementarios** después de terminar la consideración del asunto en debate.
- 7.—**Indicación** del señor diputado **Ferrarotti**, aprobada, a fin de que los **proyectos destinados a combatir el alcoholismo** sean estudiados conjuntamente por las comisiones de legislación y de presupuesto y hacienda.
- 8.—**Continúa** la consideración del despacho de la comisión de legislación en los proyectos de ley de varios señores diputados sobre **contratos de locación de inmuebles**. **Moción** del señor diputado del **Valle**, desechada, para que el asunto vuelva a comisión. **Moción** del señor diputado **Sánchez Sorondo**, aprobada, para que la honorable cámara se constituya en comisión para despacharlo.
- 9.—**Indicaciones de orden**. Se aprueba la del señor diputado **Ferrarotti** en el sentido de que se incorporen a la orden del día todos los proyectos que tengan relación con el **abaratamiento de la vivienda**.

—En Buenos Aires, a 4 de agosto de 1920, siendo la hora 16.10, ocupan sus bancas en el recinto los señores diputados en quórum legal.

1

ACTA

Sr. Presidente (Goyeneche). — Queda abierta la sesión con asistencia de 88 señores diputados.

Se va a dar lectura del acta de la sesión anterior.

Sr. Pradére. — Hago indicación de que se suprima la lectura y se dé por aprobada.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Habiendo asentimiento, queda aprobada.

2

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Goyeneche). — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Comunicación del honorable senado

EN REVISIÓN:

—Proyectos de ley por los que se acuerda permiso para residir en el extranjero a los jubilados ferroviarios **Philip Thomas**, **Juan Pasechero**, **Alfredo Huot**, **Henry H. Walker**, **Thomas Gregory**, **Alfredo Harmer Tanner**, **Jacinto Carloti** y **Manuel Cortés Posse**. (*A la comisión de peticiones*).

Despachos de comisión

LEGISLACION DEL TRABAJO:

—En el proyecto de ley de la silla presentado por el ex diputado **Bonifacio**.

—En el proyecto de ley del señor diputado **Dickmann** sobre “**Truck System**”. (*A la orden del día*).

Peticiones particulares

—Varios vecinos de la ciudad de **Mercedes** (**Buenos Aires**) solicitan pronta sanción del proyecto de ley presentado por el señor diputado **Parry** sobre creación de un juzgado federal en esa ciudad. (*A sus antecedentes*).

—El centro nacional 24 de Septiembre y el club **Baluartes radical**, sección 8.ª, solicitan pronto despacho del pedido de jubilación presentado por don **Arturo L. Luzuriaga**. (*A la comisión de peticiones*).

—Varios jefes y oficiales en situación de retiro, solicitan pronta sanción del proyecto de ley del señor diputado **Guido** sobre equiparación de sus sueldos con los de los jefes y oficiales en actividad. (*A la comisión de guerra y marina*).

Sr. Martínez (E.). — Tratándose de una nota sumamente corta, pediría que se insertara en el Diario de Sesiones.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Si no hay oposición, así se hará.

ra dictar cátedras creadas por ampliación de los cursos y cuyos modestos haberes no hayan sido abonados antes de finalizar el mes de marzo.

Por estas razones voy a votar la indicación del señor diputado por Mendoza, entendiendo que con esta autorización conferida al poder ejecutivo para pagar esas cuentas de legítimo abono, la cámara no hará sino facilitar la marcha regular de la administración.

Sr. Gallegos Moyano. — Pido la palabra.

Debo agregar una consideración más. He tenido oportunidad de estudiar estos asuntos, especialmente los que se refieren al departamento de guerra, entre los cuales podrán notar los señores diputados que hay cuentas por sueldos de 5 pesos, 9.50, 16. Son estos asuntos los más desgraciados que considera la cámara, porque casi nunca se tratan; y hay muchos de ellos que datan de cinco y seis años atrás. Representan estos despachos la suerte de cerca de dos mil personas que tienen créditos desde hace varios años y a quienes la cámara puede dedicarles diez minutos, ya que emplea quince días en interpretar artículos de la constitución, sin llegar a ninguna finalidad práctica.

Insisto, pues, en mi moción, entendiendo que no le vamos a robar a la cámara el tiempo que necesita para tratar otros asuntos, y vamos a terminar con estos créditos suplementarios de ejercicios vencidos, que todos los años vienen a la cámara y que son postergados indefinidamente. Hay que votarlos, y pido que se voten cuanto antes. Ahora, si la cámara quiere demorarlos cinco o seis años más, está en su derecho; pero no en la razón.

Sr. Rodríguez (J. R.). — Entiendo que como norma general es excelente el criterio del señor diputado Ferreyra, de no alterar el orden de los despachos de comisión contenidos en las órdenes del día; pero estos despachos sobre créditos suplementarios no van a tomar mayor tiempo a la cámara y es conveniente sancionarlos cuanto antes.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Se

va a votar la indicación formulada por el señor diputado por Mendoza.

— Resulta afirmativa.

7

DESTINO DE PROYECTOS

Sr. Ferrarotti. — Pido la palabra.

En su interesante discurso pronunciado ayer, el señor diputado de Tomaso hizo referencia a la posibilidad del despacho de distintos proyectos que para combatir el alcoholismo han presentado algunos señores diputados. Como uno de esos proyectos, el del señor diputado por Córdoba doctor Cafferata, se encuentra en la comisión de presupuesto, y el otro, el de los señores diputados doctor Rodeyro y otros, en la de legislación, me permitiría indicar a la honorable cámara que acepte que ambos proyectos pasen a estudio conjunto de las dos comisiones, a fin de que se pueda hacer un despacho orgánico, armonizando en esa forma la labor en un despacho único y amplio.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Si no hay oposición de parte de la cámara, se dará a los asuntos a que se ha hecho referencia el destino que indica el señor diputado por Santa Fe.

— Asentimiento.

8

CONTRATOS DE LOCACION DE INMUEBLES

Sr. Presidente (Goyeneche). — Se pasará a la orden del día: despacho de la comisión de legislación en los proyectos relativos a los contratos de locación de inmuebles.

Continúa con la palabra el señor diputado por Córdoba, doctor Martínez.

Sr. Martínez (J. H.). — En la sesión de ayer expresé a la honorable cámara la convicción que tenía de que una de las medidas aconsejadas por la mayoría de la comisión en su despacho tendiente a abaratar los alquileres actua-

les, carreciera en la práctica de eficacia jurídica, por un error fundamental del precitado despacho.

Me refiero a la disposición consignada en el artículo 6.º del segundo proyecto, que establece que se declaren sin efecto los aumentos efectuados en el precio de los arrendamientos de casas, departamentos y piezas después del primero de enero de 1920.

Fundaba mi objeción al valor legal de esta disposición en la consideración de que el congreso desempeña en cuanto se refiere a la legislación, un doble papel: como congreso de la nación propiamente dicho y como legislatura de la ciudad de Buenos Aires. Con efecto, en virtud del artículo 67, inciso 11 de la constitución nacional, es el encargado de dictar, además de los otros códigos de fondo, el código civil, y por el inciso 27 del mismo artículo está también encargado de la legislación especial para la ciudad capital de la República, que en este caso, desde el año 1880, es la ciudad de Buenos Aires.

Ahora bien: si por otros artículos constitucionales, como el 108, las provincias "no ejereen el poder delegado en la nación, no pueden celebrar tratados parciales de carácter político, ni expedir leyes sobre comercio y navegación exterior e interior, ni establecer aduanas provinciales, ni acuñar moneda, ni establecer bancos con facultad de emitir billetes sin autorización del congreso, *ni dictar los códigos civil, penal y de minería*, una vez que sean sancionados por el congreso" tenemos que esta prohibición envuelve implícita y lógicamente la facultad de modificar el código civil sancionado por el congreso, desde que la facultad de modificar implica la facultad de dictar dicho código.

Entonces, si las legislaturas de provincia no pueden modificar el código civil ni ninguno de los códigos expresados en el artículo 67, porque los constituyentes quisieron que hubiera en la Nación Argentina una unidad de legislación, variando en esto el principio federal adoptado por la convención de Filadelfia, cuando establecieron la facultad de cada estado americano de la

república del norte de dictar su propia legislación; no se explica que se pueda pretender que el honorable congreso sancione una ley como la proyectada, que específicamente modifica el código civil y que esa ley expresamente se determine de aplicación local para la ciudad de Buenos Aires, vale decir, que es sancionada en virtud de la función de legislatura local de la capital de la república.

No se puede negar que la disposición proyectada como artículo 6.º del segundo despacho de la mayoría de la comisión modifica esencialmente el código civil, desde que éste establece en el contrato de locación, como en los demás contratos, la libertad de contratar, y la libertad de precio fijado sólo por el consentimiento de las partes y aquí se establece una limitación al precio. Por lo tanto, esta ley, dictada en esta forma, habría nacido bajo un vicio insanable de nulidad, y cualquier persona que se creyera perjudicada por ella, bastaría que recurriera a los tribunales para que la ley, en los casos ocurientes, fuera declarada inconstitucional y perdiera toda la eficacia jurídica que ha querido dársele. Distinto sería bajo el punto de vista de esta eficacia jurídica, si ella fuera dictada por el honorable congreso de la nación, como tal, vale decir, como ley general del país, por la que se modifica el código civil en ese punto. Sancionada en esta forma su constitucionalidad no podría ser objetada.

Por eso he planteado a la comisión esta objeción, a mi modo de ver sumamente grave para la finalidad que se persigue. La mayoría de la comisión me manifestó en las sucesivas interrupciones que se me hicieron por sus miembros que lo que a primera vista parecía que hubiera sido un error involuntario, muy posible por otra parte en la confección de estos despachos por las circunstancias que han actuado en su elaboración, había sido un error deliberado, afirmación que francamente me sorprendió sobremanera...

Sr. Rodeyro. — No un error deliberado, sino una actitud deliberada, que

no es lo mismo. Nosotros no hemos creído estar en error.

Sr. Martínez (J. H.). — ... una actitud deliberada que, a mi modesto juicio, es un error, y que, por lo tanto, lleva a mi espíritu una duda ingrata respecto al alcance efectivo que se haya querido dar a estos proyectos de ley.

La objeción que dejo formulada al artículo 6.º del segundo proyecto de la mayoría de la comisión cuadra también completamente al artículo 1.º del mismo proyecto, el que establece "que será nula y sin ningún valor toda cláusula por la que se pretenda excluir de la habitación, de la casa, pieza o departamento arrendado o subarrendado, a los menores que se hallen bajo la patria potestad o guarda del locatario o sublocatario". Como se ve, es una modificación a los principios generales del código civil y por lo tanto es menester, para que ella tenga validez, como lo deseo yo, señor presidente, que vaya incorporada como una reforma a dicho código, pero en ninguna manera como una ley local de la ciudad de Buenos Aires, porque, repito, no tendría en definitiva en la práctica, en su aplicación, ninguna eficacia. Sería suficiente presentarse a los tribunales para que todo este castillo de naipes así edificado, fuera derruido o, para mejor decir, la ley sería como la estatua de los pies de barro y la cabeza de oro de la leyenda bíblica, en que bastó que la piedra venida del monte tocara su arcilla, para derribarla reduciéndola a escombros.

He dicho, señor presidente, que no iba a discutir el fondo de la cuestión del artículo 6.º; que creía y creo, como el señor diputado de Tomaso, que en realidad esta ley, aunque tuviera carácter retroactivo, sería siempre por su naturaleza una ley de orden público, desde el momento que un interés social habría determinado su sanción y por ende que los tribunales deberían acatarla; desde que no existen limitaciones en orden a la retroactividad para el legislador; pero que me alarmaba el artículo bajo el punto de vista económico, punto de mira sumamente

importancia en la deliberación y resolución de esta clase de asuntos, desde el momento que el honorable congreso no debe sancionar solamente los remedios urgentes, los paliativos más inmediatos para esta situación precaria de los inquilinos, sino en su verdadera función legislativa, darle solución permanente y estable, completa y definitiva.

Pero es que ese artículo 6.º, aunque no lo discuta bajo su faz legal, que acepto, y bajo su repercusión económica, que creo detestable, entraña en su aplicación las posibilidades de profundas injusticias.

En primer término pone en el mismo pie de igualdad a todos los propietarios, a aquellos que cegados por una codicia inmoderada han aumentado incalificablemente el precio de los arriendos de sus propiedades, como aquellos que en realidad no hubiesen hecho más que un aumento justo, correlativo al aumento general en el costo de producción, al mayor valor de la propiedad, por mejoras hechas a su cargo, por el aumento de los impuestos, etc.; y para probar mi aserto, voy a referirme al pasar a la forma en que ha sido proyectado este artículo en las leyes de emergencia similares dictadas en Europa, para que la honorable cámara aprecie la profunda diferencia.

He citado la legislación extranjera, y siendo esta una de las primeras veces que hablo en esta honorable cámara, debo hacer una especie de declaración de principios. A mí no me entusiasma en forma alguna el espíritu de imitación de la legislación extranjera, ese afán de copia exagerada de todo lo que allá se legisla y que encuentro en cierto modo en el parlamento de mi país; ese absolutismo de concepto que implica aceptar como bueno todo lo que se legisla en el exterior. Ellas podrán serlo de acuerdo con las modalidades y las idiosincrasias de esos pueblos; pero no siempre lo serán para nosotros.

Yo creo, como se ha dicho aquí en otras ocasiones, que debemos legislar en presencia de nuestros propios problemas en ambiente argentino y con criterio argentino; de la misma mane-

ra que el médico no da recetas empíricas, sino que estudiando el caso clínico y según las características particulares de cada enfermo, aconseja los remedios pertinentes. Noto cierta afinidad entre nosotros a estos descubrimientos del exterior; y contagiado por él me he permitido también revisar esos antecedentes, que ofrezco a la consideración de la cámara, no como una *panacea*, sino para demostrar la forma cómo se ha encarado allí la *reducción del precio de la locación*, contemplados todos los aspectos, todas las circunstancias, todos los intereses. Casi todos ellos coinciden en limitar el monto de los alquileres y han servido indiscutiblemente de fuente y origen al proyecto de la comisión; pero no establece su reducción en forma categórica y terminante, declarando nulos todos los aumentos desde una época determinada, como lo ha hecho la comisión, sino que han fijado distintas normas en relación siempre a una proporción determinada; los propietarios no podrán aumentar más que un diez, quince o veinte por ciento, en unos casos, en otros se fijan alquileres tipos variables; es decir, establece siempre una proporción según las distintas modalidades que ofrece el problema y la distinta situación de los actores del mismo.

La fórmula cerrada que pretende darnos la comisión, como remedio heroico, se desmenuza en presencia de los antecedentes que he traído y que paso brevemente a enunciar.

La ley de Bélgica, por ejemplo, de junio de 1919, establece en el capítulo segundo, artículo 7.º, la limitación del precio de los alquileres hasta el primero de enero de 1921 y dice que será prohibido al arrendador, tratése o no de un contrato prorrogado, aumentar más de un diez por ciento el alquiler fijado el primero de agosto de 1914. Sin embargo, se establece la excepción de que el juez podrá, a pedido del arrendador, autorizarlo a aumentar el monto del alquiler en la proporción que el juez determine y se justifique por las cargas y gastos que deberá soportar el edificio en relación con la cosa alquilada. Como se ve, hay una

proporción establecida en relación con el aumento que puede tener la cosa alquilada, y por las utilidades o mejoras hechas en el valor de la propiedad, porque es muy posible que se haya aumentado en muchos casos el alquiler pero también se hayan hecho mejoras. Y así vemos que un aumento de alquiler puede ser consecuencia de los mayores costos incluídos en el valor de la propiedad por mejoras. Y ahora, por el despacho proyectado, se encontrarán burlados los propietarios porque se trata, en una forma cerrada, de sancionar la limitación del costo de los alquileres sin tener en cuenta ninguna otra razón.

La ley francesa o el proyecto mejor dicho de ley presentado en la sesión del 10 de febrero de 1920, establece en su artículo 1.º “que el aumento no podrá exceder del 25 por ciento del precio general de guerra, comprendidos los gastos, es decir, que está calcada en los mismos principios. Y acabo de leer un decreto del rey de España, dictado en receso de las cámaras legislativas, en que trata de resolver este problema de la carestía de la vivienda en ese reino, y en las consideraciones del cual, hecho por el ministro de justicia, Bugallal, dice:

“No cree el ministro que subscribe que con estas normas alcance total remedio el mal que trata de evitarse, puesto que su origen se halla en la escasez de las viviendas y sólo fomentando su construcción por los grandes medios de la iniciativa particular del capital y por los auxilios menos eficaces del estado y de las colectividades oficiales podría atenderse a una resolución más completa del complejo problema”.

Y habla:

“... de la acción de los tribunales que se organizan y de la cooperación ciudadana que el ministro que subscribe cree no ha de faltar en este caso con tanta intensidad como ha puesto en su requerimiento, es de esperar que las normas en el adjunto proyecto de decreto establecidas sean bastante eficaces para resolver en parte la normalidad perturbada en un elemento de vida tan interesante como el de la vivienda”.

En el artículo 4.º del precitado decreto de fecha 22 de junio de 1920 dice:

“Los contratos de inquilinato en las capitales de provincia y poblaciones de más de veinte mil almas, cuyo alquiler no hubiese sido aumentado desde el 31 de diciembre de 1914 o cuyo aumento se juzgue susceptible de elevación, podrán ser revisados a instancia del propietario, según las normas que se establecen en la siguiente escala: “Los arriendos que no excediesen el 31 de diciembre de 1914 de 1.500 pesetas anuales, sólo podrán elevar dicho precio en un diez por ciento. Desde 1.501 a 3.000 sólo podrán elevarse en un quince por ciento. Desde 3.001 en adelante en un veinte por ciento. Estas normas podrán ser, sin embargo, alteradas en atención a alguna de las circunstancias siguientes: a) obras o mejoras que hayan sido hechas en las fincas y principalmente aquellas que hayan contribuido a la higiene y salubridad de las viviendas; b) relación normal de los precios con el resultado de la investigación y comprobación de rentas practicadas por el registro fiscal; c) notable elevación en los precios de suministros, especiales hechos por el arrendador”.

De modo que yo creo que la comisión de legislación debió proyectar las reformas substanciales al código civil en orden a la locación como ser la relativa a la duración mínima de dos años del contrato de locación, sea escrito o verbal, para quitarle al inquilino ese carácter de precariedad del contrato verbal de tiempo indeterminado, que constituye el instrumento más poderoso puesto en manos del propietario y que le permite imponer su voluntad a cada momento, elevando el precio del arriendo.

Debió igualmente incorporar como reforma y por razones de humanidad, de conveniencia y de necesidad de fomentar nuestra población atacada por males profundos hasta de un pseudo malthusianismo, en el sentido de que será nula toda cláusula de contrato que restrinja el que vivan los menores que están bajo la patria potestad de sus padres o bajo tutela en las casas alquiladas por éste, y que una mezquindad de espíritu y una crueldad de co-

razón infinito pretenden privar de techo.

Debió incorporar disposiciones que no ha proyectado y que a mi juicio son importantísimas, como las relativas a la limitación de las fianzas, que en España han quedado reducidas a un mes de alquiler y que constituye también otra forma de opresión despiadada por parte del propietario.

Debió proyectar otra reforma fundamental, que también voy a proponer, consistente en la modificación del artículo 1505 del código civil y a la cual luego voy a referirme.

Debió también, si estimaba pertinente la limitación de los alquileres, proyectar en una forma orgánica y hasta me atrevería a decir seria, la forma en que deben ser disminuídos estos precios exorbitantes atendiendo a las distintas circunstancias que el problema presenta, y no aconsejar una disposición de carácter general que, por el mismo empirismo con que está concebida, tendría como resultado, aplicada con el efecto retroactivo consiguiente, profundas perturbaciones en el orden social e injusticias tan grandes o mayores que las que plausiblemente trata de remediar.

—El orador hace una pausa.

Sr. Dickmann. — Pido la palabra.

Sr. Martínez (J. H.). — No he tenido el gusto de terminar.

Como ya he dicho, proyecto también la reforma del artículo 1505. Este artículo establece en su primera parte que el contrato de locación no puede hacerse por mayor tiempo que el de 10 años. En su nota, tan sabiamente fundada, establece el codificador que la mayoría de los códigos europeos y los códigos americanos y los proyectos de aquel entonces, establecen una limitación superior, hasta de 99 años. Con la introducción, por parte del codificador, de nuestras ideas democráticas en orden a las sucesiones, con el propósito de no paralizar en ninguna forma la circulación de la propiedad raíz ni de inmovilizarla, con disposiciones que impidieran las sucesivas transmisiones, lo

que podría ocurrir con el contrato de arrendamiento a largo plazo, dado que este contrato puede oponerse contra terceros, estableció esta limitación de 10 años, que respondía acabadamente a los principios económicos y sociales de aquella época.

Sin embargo, señor presidente, los autores del último código alemán, que puede calificarse como la síntesis jurídica más grande en esta materia, han establecido que la limitación de la locación debe llevarse sólo a los 30 años, y esa es también la modificación que proyecto. Es cierto que la duración de una locación por el término de 99 años es sumamente perjudicial por la paralización de la propiedad que entraña; pero también es cierto que una locación sumamente reducida tiene el efecto funesto de que dificulta en cierta forma la utilización de la propiedad. Si la locación pudiera llegar a los 30 años, por ejemplo, un propietario del suelo que no tenga el capital suficiente para edificar, puede hacer, como se hace en los países europeos, contratos de arrendamiento hasta por dicho término de 30 años, para que el locatario pueda levantar en ese terreno la construcción que el locador no puede realizar. Se podría así utilizar una serie de terrenos, ahora baldíos, incorporándolos a la actividad general. Si la asociación es la base del progreso, no podría criticarse esta forma de simbiosis útil y práctica.

En esta forma, y como la orientación principal para dar una solución definitiva a este asunto es fomentar la edificación por todos los medios posibles, edificación que se encuentra sensiblemente disminuida, como lo he demostrado con datos estadísticos en la sesión anterior, yo proyecto la modificación que permite esta clase de asociaciones entre el dueño del suelo y el que pretende hacer el edificio.

Dejaré ahora a los miembros de la comisión en mayoría, para circunscribirme al proyecto del miembro de la minoría, el señor diputado por Córdoba, doctor Bas.

El señor diputado pretende rebajar el precio exorbitante que han alcanza-

do los alquileres limitando éstos a una renta bruta del 8 por ciento de lo que el propietario paga por contribución territorial. Encuentro muy plausible el propósito que ha guiado al señor diputado al proyectar esta reforma, pero encuentro que es contradictoria con las ideas que ha sustentado. El ha coincidido con todos nosotros en que el problema, en su faz esencial, consiste en edificar mucho; pero yo digo: si a este negocio de edificar se lo quita su aspecto lucrativo; si se reduce la renta que pueden dar las propiedades; si se sabe que ésta no puede pasar de un límite determinado cuando hay en este país tantas inversiones que producen un gran rendimiento — he citado el caso de los intereses a tipo tan elevado como los que pagan en la actualidad los bancos extranjeros especialmente los bancos americanos, no sé con qué propósitos, lo cual creo determinará de parte de esta honorable cámara la adopción de medidas en el sentido de establecer una legislación bancaria que se está imponiendo por momentos, antes que los efectos catastróficos como decía el señor diputado de Tomaso, nos aplasten — digo que cuando el capital recibe este alto interés; cuando las cédulas hipotecarias están valorizadas; cuando con este juego de especulación de los productos se hacen pingües negocios, ¿qué capitalista, cuya medida de la acción es el interés, como lo dije ayer y lo vuelvo a repetir hoy, va a invertir su capital en edificación, sabiendo que ésta está limitada al 8 por ciento del valor de la propiedad para el pago de la contribución territorial?

Me parece, señor presidente, que se trata de ideas completamente contradictorias. Es menester ser francos: o resolvemos el problema de abaratar los alquileres actuales, a costa de que no se edifique más en la ciudad de Buenos Aires y en todo el país, o le damos una solución definitiva y permanente, aun a trueque de circunstancias injustas que pueden gravitar en el momento presente.

Por otra parte, hay en nuestras normas impositivas un modo de actuar sumamente original. Parece que todo

nuestro sistema de impuesto fuera a turbar la acción de las personas que tratan de fomentar el progreso del país. Por ejemplo, el propietario de un terreno baldío, que está especulando con el mayor valor que le da la colectividad, que le dan el trabajo de los demás y las obras públicas, costeadas con los impuestos sobre los productos alimenticios del pueblo, sobre los artículos de primera necesidad, no tiene ningún gravamen o tiene un gravamen insignificante; y en cambio, el que tiene su capital depositado en un banco, en donde también no tiene ningún impuesto o un impuesto ridículo como el impuesto de sellos de cinco centavos, lo retira del banco para hacer un edificio para construir una obra de embellecimiento, de progreso y de adelanto, inmediatamente se ve recargado por los impuestos de orden territorial que no solamente gravan la tierra, sino que gravan la mejora, por los impuestos municipales y por todas las gabelas que recaen sobre la propiedad.

¿Cómo se cree posible fomentar la edificación y estimular el empleo de los capitales en estas actividades útiles, cuando nosotros, por nuestro mal sistema tributario, estamos en esta forma indirecta y por acción refleja fomentando todo lo contrario!

Es preciso contemplar el problema en todas sus facetas y retrotraerlo a sus verdaderos fundamentos.

El señor diputado por la capital, doctor de Tomaso, nos ha dicho ayer muy elocuentemente la acción perniciosa de la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires en este sentido. Cuando el problema de los alquileres estaba golpeando las puertas del parlamento en demanda de solución; cuando en todas partes, legisladores y no legisladores, todo el mundo, se preocupaba de hallar una solución satisfactoria, el concejo deliberante municipal sancionaba a propuesta del departamento ejecutivo una ordenanza aumentando en 7 millones de pesos más el valor de la tasa de alumbrado, barrido y limpieza. Y asómbrese el señor presidente, el concejo deliberante aumenta esa tasa, pero no gravando más los baldíos que

son innumerables en la ciudad de Buenos Aires, donde por la misma urbanización no debieran existir y donde la condensación de la población está demostrada por la intensidad de la demanda, la plétora de habitantes que necesitan vivienda; sino gravando las propiedades edificadas. Resulta que se aumenta en esta forma el gravamen sobre el valor locativo del inmueble, vale decir, se aumenta un impuesto que hasta aun aquellos economistas más contrarios a los impuestos sobre el suelo no han podido menos que afirmar que es un impuesto que incide lógicamente sobre el precio del alquiler, es decir, sobre los locatarios.

Sr. Ortiz. — ¿Me permite el señor diputado?

Sr. Martínez (J. H.) — Sí, señor.

Sr. Ortiz. — En la ordenanza actual de la municipalidad de la capital y en la anterior se grava con un impuesto diferencial al baldío...

Sr. Martínez (J. H.) — Sí, del 25 por mil.

Sr. Ortiz. — Y del uno por mil mensual.

Sr. Martínez (J. H.) — Es un impuesto ridículo.

Sr. Ortiz. — Más ridículo resulta, señor diputado, gravar con la mitad del derecho al baldío, de acuerdo con el proyecto a que se acaba de referir el señor diputado.

Sr. Martínez (J. H.) — Permítame el señor diputado... Oportunamente discutiré ese punto.

Sr. Ortiz. — El uno por mil mensual sobre la evaluación representa el 12 por mil de impuesto al año, y por el proyecto a que se refería el señor diputado se rebaja ese impuesto al seis por mil al año; de manera que el baldío quedaba en mejores condiciones.

Sr. Martínez (J. H.) — Muy grata la observación del señor diputado porque por cierto contribuye con sus luces a dilucidar este asunto; pero, repito, y ya lo había dicho el señor diputado de Tomaso, por eso no lo había repetido: es cierto que la municipalidad había progresado en el sentido de aumentar el impuesto al baldío, pero lo sensible es que ese aumento no iba en propor-

ción, porque ese impuesto del 25 por mil, como ya lo he dicho, es ridículo en comparación con lo que pagan los inmuebles o propiedades edificadas que pagan cinco y medio, cinco y cuatro por ciento de su valor locativo mensual.

Ahora bien: ¿cuál es el criterio económico que puede tener la municipalidad cuando por boca de sus fuentes autorizadas, según la manifestación del señor miembro informante de la mayoría, doctor Mora y Araujo, el intendente no sé en qué documento público, decía que el aumento de la tasa de alumbrado, barrido y limpieza no había repercutido en el alza del precio de los alquileres porque éstos ya habían sido elevados anteriormente?

Es verdad, señor presidente, que en la situación actual, como los propietarios ejercen un monopolio porque el alza de los precios de la locación no está en condiciones normales, ese impuesto no incide ahora, visiblemente, sobre el locatario; pero en las condiciones ordinarias para las cuales debemos legislar, es un impuesto que típicamente recae sobre el alquiler.

La ley del monopolio, que en estos momentos altera las condiciones normales de la incidencia de estos impuestos, hacía que el señor intendente municipal no pudiera apreciar el problema en su verdadero concepto y la perturbación profunda que va a ejercer sobre nuestra economía.

Fundado en estas ideas, que no son nuevas, por supuesto, porque debo hacer presente que yo no soy de los que creen que en materia legislativa, que en materia impositiva, ni en ningún orden de la actividad común, se pueda inventar nada — los Cristóbal Colón del mundo legislativo no me preocupan en absoluto: todo es viejo, permanente e inmutable como el mundo, vivimos en un continuo devenir, la verdad absoluta de hoy es la verdad relativa de mañana y tenemos que amoldar nuestras ideas al progreso común y nuestro modo de pensar con lo que creemos sincera y honestamente que es lo mejor; de manera que no debemos embarcarnos absolutamente en ninguna teoría, ni creernos deposita-

rios de ninguna ciencia infusa e inmutable, ni menos sentir veneración por esos cerebros privilegiados que parecen que han nacido, como Minerva, armados de doctrina y saber, de la cabeza de Júpiter, — fundado en estas ideas, decía, he presentado a la consideración de la cámara un proyecto de ley modificando la contribución territorial; y al presentar ese proyecto no me ha guiado, como lo expuse en los fundamentos, tanto el interés fiscal que indiscutiblemente debía contemplar, porque es un aspecto sumamente interesante desde nuestro punto de vista legislativo, cuanto la función social del impuesto. Era menester, una vez por todas, si queríamos hacer una obra seria, permanente y durable, realizar por medio del impuesto las reformas indispensables.

Decía también, señor presidente, que desgraciadamente en nuestro país poco se había operado en este sentido, y me lo demostraba dolorosamente el hecho señalado también elocuentemente por los señores diputados socialistas, de que en los momentos en que la carestía de la vida era extraordinaria, se aumentaban, concurriendo a ello el señor ministro de hacienda, el honorable senado y esta misma cámara, los derechos de importación, que hacían subir, — no por cierto en la proporción atribuida por los señores diputados, pero sí en una proporción considerable — el costo de los artículos de primera necesidad.

El impuesto no sólo tiene, pues, su aspecto fiscal importante, sino que desempeña una verdadera función social. Yo atribuyo, señor presidente, — permítaseme que tenga un orgullo en ello, — a la saludable reforma impositiva establecida en Córdoba, durante la administración del doctor Cárcano y complementada por el doctor Rafael Núñez, el adelanto verdaderamente portentoso alcanzado por aquel estado, que tengo la honra de representar en este parlamento. Allí hemos suprimido por completo el impuesto que grava las mejoras; hemos dividido por zonas la provincia, según el valor venal de la tierra, no gravando así de ninguna manera el capital, que encuentra en esa forma in-

científicos útiles, permitiendo que las industrias de la tierra se despierten poderosamente, a tal punto que ocupamos ya el segundo lugar en orden a la producción agropecuaria de la Nación Argentina. Debemos completar más tarde esta reforma, y lo vamos a hacer, suprimiendo allí por completo, como lo he proyectado para la capital federal, el impuesto que grava lo edificado en la ciudad.

El proyecto presentado a la consideración de la honorable cámara radica en estos fundamentos: hacer un solo impuesto de la contribución territorial y del impuesto, en cierto modo territorial también, que se paga con el nombre de tasa de alumbrado, barrido y limpieza de la municipalidad de Buenos Aires. Confieso que si esta ley, en este mecanismo de unificar impuestos, correspondientes a estas dos entidades que son la nación y la municipalidad de Buenos Aires, no se refiriera a esta ciudad en que nosotros actuamos como legislatura propia, un gobierno esencialmente de ciudad, no lo hubiera presentado, porque en las municipalidades de provincia el gobierno reviste otros caracteres, que no podemos dejar de contemplar aquí.

Con ese proyecto se unifica la tasa del impuesto en un doce por mil del valor del suelo libre de mejoras; se divide la ciudad de Buenos Aires en sesenta y siete zonas, desde un precio de 1.200 pesos a un peso. Esta división en zonas está íntegramente tomada del proyecto presentado al concejo deliberante por el señor concejal Dickmann, habiendo sido formulada la división por una comisión competente de la municipalidad de la capital. En cuanto a los precios fijados en ella, no son en ninguna forma exagerados, porque la zona más importante, la de las avenidas, está tasada en 1.200 pesos; y ayer, leyendo "La Nación", me he encontrado con que se ha vendido un inmueble en la calle Florida esquina Cangallo, en 3.500 pesos el metro cuadrado, lo que abona la seriedad y exactitud con que ha sido hecho este trabajo.

Sr. de Tomaso. — En esa zona, a los

efectos del proyecto, se había avaluado la tierra en 1.200 pesos el metro cuadrado.

Sr. Martínez (J. H.) — Es lo que acabo de decir.

Sr. de Tomaso. — ... y ésta es la mejor prueba de que la valuación estaba muy por debajo del valor real.

Sr. Ortiz. — Muy por encima, señor diputado, porque se pueden citar innumerables casos en que terreno y edificio han sido vendidos en un precio menor que el de la valuación hecha por la oficina a que se refiere el señor diputado.

Sr. de Tomaso. — La valuación en general ha sido hecha teniendo en cuenta la que se ha realizado a los efectos de la contribución territorial, que es siempre muy baja.

Sr. Martínez (J. H.) — ¿La interrupción ha sido hecha a mí o al señor diputado de Tomaso.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Es el inconveniente de autorizar las interrupciones, señor diputado.

Sr. Martínez (J. H.) — Las acepto complacido porque ellas contribuyen a ilustrar el debate; y lamento que no se haya dirigido a mí el señor diputado, porque hubiera deseado contestarle.

Lo que ha expresado el señor diputado de Tomaso en su interrupción corrobora lo que estoy diciendo, porque el proyecto de división por zonas ha sido hecho con un criterio tan científico que no puede ser objetado en forma alguna en cuanto a los precios que fija desde el momento que a la zona más valiosa se le fija como máximo del valor de la tierra 1.200 pesos por metro cuadrado, siendo así que ha habido ventas — quizá se trata de una esquina privilegiada — por un precio de 3.500 pesos.

Sr. Ortiz. — ¿Me permite el señor diputado?

Sr. Martínez (J. H.) — No sé si el señor presidente se va a enojar conmigo.

Sr. Ortiz. — No es mi propósito molestar al señor presidente ni al señor diputado.

Quería simplemente hacer una aclaración. El señor diputado se refiere a

una venta publicada en los diarios recientemente; pero podría también referirse a las ventas ordenadas por la municipalidad de la capital, en las cuales no se excedió el precio de la valuación.

Sr. Martínez (J. H.) — Se excedió en 80 pesos señor diputado, porque se vendió en 1.280 pesos el metro cuadrado.

Sr. Ortiz. — No hubo postor para una esquina cuya base era de mil pesos el metro cuadrado, y los otros lotes fueron vendidos a un precio inferior.

Por otra parte, en plena avenida de Mayo fueron rematados cuatro terrenos y por ninguno de ellos se obtuvieron los precios fijados por la oficina municipal.

Sr. Martínez (J. H.) — Habrá sido por culpa de los rematadores.

Sr. Ortiz. — Es posible; pero la diferencia entre lo que manifiesta el señor diputado y lo que yo afirmo es que él cita un solo caso mientras que yo le cito varios.

Sr. Martínez (J. H.) — En cuestión de precios hay que tomar siempre un término medio; en estadística hay que seguir la ley de los grandes números. No se puede generalizar por que en la avenida de Mayo haya habido un caso en que el precio bajó...

Sr. Ortiz. — No uno; cinco casos.

Sr. Martínez (J. H.) — ...sino que hay que buscar una serie de casos y tomar el término medio. De lo contrario resultaría que no podríamos disminuir los precios; y en la cuestión de los alquileres, que estamos discutiendo con tanto interés, llegaríamos a la conclusión de que en Buenos Aires no se paga un arrendamiento exagerado por una casa o departamento, cuando bien sabemos que en el alquiler de la casa se invierte la mayor parte del presupuesto de las familias.

Bien, señor presidente; he prometido ser breve y temo no cumplir mi promesa. Voy a terminar, pues, mi exposición.

Con el proyecto presentado, como decía, dividiendo en zonas a la ciudad de Buenos Aires por el verdadero precio venal de su tierra, tenemos que se pue-

de avaluar, sin temor de equivocarse, por distintos hechos que he explicado sintéticamente en la exposición de motivos, en 3.000 millones de pesos el valor de la tierra libre de mejoras.

Establezco distintos tipos de tasas. Para el primer radio, para el radio verdaderamente de pletoridad urbana, formado por el perímetro de las calles Brasil, Pueyrredón, la ribera del río y toda la avenida Alvar, la tasa de contribución será de doce por mil para los terrenos edificados; en cambio se duplica cuando se trata de terrenos baldíos. Y la razón es muy sencilla, señor presidente; en un baldío se está especulando con el mayor valor que va a adquirir por el trabajo de los demás, y es justo que se retríbuya en parte a la sociedad ese mayor valor que la sociedad le presta. El segundo radio paga lo mismo por los terrenos edificados: el suelo libre de mejoras, en cambio, se grava con un veinte por mil, cuando se trata de baldíos que no tengan ninguna actividad útil, tasa que se vuelve a rebajar al 12 por mil si ese baldío está empleado en cultivos, chacras que prestan actividades verdaderamente necesarias a la colectividad. El rendimiento de este impuesto, puede decirse en términos globales, que pudiera calcularse en 45 millones de pesos, y como el 60 por ciento lo destino a la municipalidad de Buenos Aires, resultaría que esta municipalidad percibiría íntegramente los 20 millones de pesos que recauda, o pretende recaudar para 1920 por concepto de tasa de alumbrado, barrido y limpieza, mas la parte que actualmente recibe por el 33 por ciento de la contribución territorial. No voy a insistir ante la honorable cámara sobre las razones científicas que apoyan mi tesis, porque conozco el ambiente de la honorable cámara, que ha sancionado la liberación de todo impuesto de contribución territorial lo que se edifique en adelante, por la nueva ley de contribución; pero, a mi modo de ver, tal disposición entraña una injusticia, desde el momento que establece la constitución que la igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas. Ella marea una diferencia entre el propieta-

rio antiguo, que tiene una propiedad que paga por el suelo y por la propiedad, y el propietario de un edificio nuevo, que solamente paga por el suelo, es decir, que paga por toda la propiedad la misma cantidad que aquél paga por el suelo. Es distinto cuando, por un plazo, como forma de estímulo, se promete liberar del impuesto a las construcciones, pero no cuando se quiere darle un carácter permanente. Yo creo que la medida sancionada por la honorable cámara la debemos generalizar: gravar los impuestos sobre el valor del suelo, que es la única manera en que éstos no inciden sobre los locatarios, sobre el precio de los alquileres; y, por otra parte, recargando el baldío se estimula lógicamente la edificación desde el momento que el propietario del baldío, castigado por los impuestos o apurado por ellos, va a tener que entregar a la actividad común esos valores que monopoliza y que deja reservados, esperando una mejora de precios en el mañana.

Yo creo, señor presidente, que es en las reformas impositivas donde con más eficacia podemos cooperar a la solución de estos graves problemas. Es preciso modificar substancialmente nuestro régimen actual, que es arcaico y que es injusto.

Creo también, señor presidente, que el problema es complejo y que no solamente hay que recargar de impuestos el baldío para estimular la edificación, liberar lo edificado para estimular que se edifique, sino también facilitar la edificación. He ahí por qué he aplaudido el proyecto de mi distinguido colega por Buenos Aires el diputado doctor Sánchez Sorondo, sobre liberación absoluta de derechos e impuestos a los materiales de construcción, lo que ha sido transcrito en el proyecto del señor diputado Bas, y por qué también he de subscribir y colaborar con mucho gusto en el proyecto presentado por la diputación socialista para combatir los *trusts* que encarecen notablemente todos los artículos, principalmente los de construcción y especialmente, como lo demostraba el señor diputado Bas, las cales de Córdo-

ba. Confieso sinceramente que este asunto de la cal en Córdoba ha preocupado hondamente mi espíritu, y hasta había proyectado ciertas reformas al código de minería con el objeto de que se trasladara esta substancia de la tercera a la primera categoría con una ley de concesión de primas a su producción, como un medio de romper estos acaparamientos. Pero la profundización del estudio mineralógico del asunto, me ha llevado a la conclusión de su imposibilidad, por la dificultad inmensa que hay en separar la propiedad minera de la propiedad superficial, y, por lo tanto, hacer caer en el régimen del código de minería a la cal que constituye una piedra tan preciosa para la construcción.

Señor presidente: como dije al comenzar esta disertación, no creo haber agregado nada nuevo a la cuestión en debate. He expuesto únicamente en él con toda mi sinceridad mis puntos de vista; y espero, señor presidente, que ante la gravedad de este problema que estamos obligados a resolver en forma permanente, no sancionemos medidas contradictorias sino hagamos una obra permanente de legislación, revisando y separando lo arcaico, abriendo paso a las nuevas ideas y a los nuevos conceptos de justicia y equidad, que están clamando a gritos el progreso y el desenvolvimiento del país!

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Rodeyro. — Pido la palabra.

Sr. Dickmann. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Goyeneche).—Tiene la palabra el señor diputado Rodeyro.

Sr. Repetto. — Desearía saber de la presidencia si se ha establecido la mala costumbre de la lista de oradores, porque si la respuesta de la presidencia es afirmativa, yo me acojo a la mala costumbre y pido desde ya ser incluido.

Sr. Presidente (Goyeneche). — No sé si será mala o buena, pero es una costumbre.

Sr. Repetto. — Es mala, malísima; y tengo autoridad suficiente para condenarla, porque dentro de mi partido he luchado por que sea abolida. Puede es-

tar seguro el señor presidente de que es mala práctica.

Sr. Presidente (Goyeneche). — La presidencia no tiene interés en que se mantenga esta práctica, si la cámara no la desea. Son los mismos diputados los que la han establecido y se han acogido a ella, solicitando en privado a la presidencia la palabra.

Sr. Dickmann. — Hay muchos diputados que no conocíamos esta costumbre y que no hemos recurrido a ella esperando pedir la palabra reglamentariamente en el recinto. Ahora nos encontramos con que hay varios oradores anotados por pedido particular hecho al señor presidente.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Sí, señor diputado.

Sr. Rodeyro. — Yo he hecho mi pedido públicamente.

Sr. Presidente (Goyeneche). — No está en discusión el señor diputado.

Es la primera vez que el señor diputado ha hecho esta objeción.

Sr. Dickmann. — No reclamo por mí; pero es un caso concreto que puede servir para una medida general.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Exactamente; pero hemos de convenir con el señor diputado que es el primer caso que ocurre. En esta oportunidad la dificultad sería sumamente leve, porque no hay más orador que el señor diputado Rodeyro y en seguida podrá hacer uso de la palabra el señor diputado.

Sr. Fernández (J.) — Sería bueno que al inscribirse los oradores, lo hicieran con la promesa de usar de la palabra por un término limitado, porque si no resulta que los que no vamos a tomar parte en la discusión, seremos las víctimas de estas grandes disertaciones. (*Risas*).

Sr. Presidente (Goyeneche). — Esa es otra cuestión.

Estén o no anotados los señores diputados, la extensión del discurso no la puede evitar la presidencia.

Sr. Fernández (J.). — Así es.

Sr. Rodeyro. — ¿Puedo hacer uso del derecho de hablar que me ha acordado la presidencia?

Sr. Presidente (Goyeneche). — Sí, señor diputado.

Sr. Rodeyro. — Hablaré todo cuanto crea necesario. (*Risas*).

Sr. Fernández (J.). — Yo no me opongo.

Sr. Rodeyro. — Me importa muy poco que se oponga o no el señor diputado o cualquier otro. Hablaré todo lo que crea necesario, haciendo uso del derecho que tengo en el parlamento de mi país, de decir sobre los asuntos en debate lo que pienso, porque con ello traigo a la discusión del asunto mi sinceridad y mi convencimiento; y voy a dejar establecida mi situación de diputado al entregar con mi voto todo lo que de entusiasmo y convicción pueda tener en él.

Decía, señor presidente, que no tenía interés en hacer uso de la palabra porque entiendo que cuando una comisión de la cámara ha despachado un asunto y se designa un miembro informante y cuando hay despachos en minoría no es lógico que todos los diputados miembros de esa comisión hagan uso de la palabra para exponer sus ideas, cuando ellas son interpretadas en los informes respectivos.

Pero en este asunto de los alquileres, señor presidente, en la forma en que su discusión se ha hecho en la comisión y también en el recinto y fuera de él por la prensa diaria y los comentarios generales, me obliga más bien a intervenir, ya que soy autor de uno de los proyectos que la comisión ha tenido a estudio y porque no he coincidido en absoluto con el despacho que junto con los doctores Mora y Araujo y de Tomaso firmamos, debido a una errónea interpretación.

También, señor presidente, para dejar establecido que no existió una anarquía dentro de la comisión, como he oído por algunos corrillos, sino sencillamente que los diputados que integramos la comisión de legislación, cada uno dentro de su punto de vista doctrinario que los asuntos a estudio nos merecían, sostuvimos esos puntos de vista y tratamos de concretar, dentro del cumplimiento del reglamento, y de traer a la cámara un despacho, sin que

esto signifique que tengamos que violentarnos de tal manera que nos obligue a pasar por encima de convencimientos hechos sobre la materia en discusión.

No es que la comisión de legislación se encuentre anarquizada sino que en este asunto, como muy bien lo ha dicho el señor diputado de Tomaso, haciendo historia sobre la forma en que él se había tratado en comisión, no se ha conseguido una sesión plenaria, y eso es perfectamente exacto. No escapa a mi criterio que en la comisión de legislación general existen asuntos que por su naturaleza requieren pronunciamientos en los cuales hay que laborar con seriedad y con circunspección, para que la función que les está asignada a las comisiones, que es la de orientar a la cámara con la mayor seriedad y el mejor estudio, sea realmente eficaz. Este asunto de los alquileres ha sido planteado en un sinnúmero de proyectos y ha sido requerida varias veces en este recinto la urgencia de un despacho. No conocíamos más que la disidencia del doctor Bas en lo que al desarrollo del mismo se refiere, pero no simplemente a su enunciado, como es el caso del proyecto del señor diputado Maidana, conocido recién por su discurso y por la lectura del mismo, sino que la disidencia del doctor Bas se había planteado ya en el seno de la comisión en una reunión a la que asistía el mismo doctor Bas, los doctores de Tomaso, Mora y Araujo y el que habla.

En esa reunión tratamos de llegar a una concordancia que hiciera posible que el despacho a presentar a la cámara llevara las cuatro firmas. El doctor Bas era irreductible en algunos de los términos del articulado de su anteproyecto, e igualmente el doctor de Tomaso; pero conseguimos llegar a una situación en que parecía que el despacho podría producirse. Posteriormente el doctor Bas persistió en su actitud, entendiendo que no era posible un avenimiento para presentar a la cámara el despacho con las cuatro firmas. Pero como los doctores de Tomaso, Mora y Araujo y el que habla estábamos de

acuerdo respecto a la mayoría de los puntos debatidos, presentamos el despacho con nuestras firmas.

El despacho ha sido formulado a base de un anteproyecto que había redactado el doctor Mora y Araujo, de otro anteproyecto del doctor de Tomaso y teniendo a la vista los distintos proyectos presentados por los señores diputados que han concurrido con sus iniciativas a solucionar esta cuestión de los alquileres.

De manera que se formuló el despacho, se firmó, y de ahí el motivo por el cual me veo obligado a pronunciar estas palabras que, vuelvo a insistir, creo necesarias en el debate. Formulado el despacho, apareció mi firma al pié de él; pero en uno de sus artículos, el 6.º, que ha merecido recios ataques del señor diputado por Córdoba, doctor Martínez, y que aunque sea brevemente, he de contestar, se habían modificado los términos en que yo lo había presentado: en vez de "1919", dice "1920". Discutido después el asunto con mis colegas los señores diputados Mora y Araujo y de Tomaso, convinimos en que, a pesar de que esa no había sido mi intención al firmar el despacho, yo no retiraría mi firma de él para no obstaculizarlo y dado que este era el único punto que podía dejar de ponernos de acuerdo.

Deseaba hacer esta salvedad, y es por eso que había pedido la palabra, así como también para rectificar ligeramente algunos de los conceptos vertidos en el debate.

Creía que estaba obligado a ello, dado que mi proyecto, presentado cuando la moción del señor coronel Pereyra Rozas de pronto despacho, tenía los términos que había sostenido en forma irreductible y dentro de los mismos conceptos y razones en base a los cuales también el señor diputado Bas se había mantenido en la misma situación; además, porque mis colegas los señores diputados Mora y Araujo y de Tomaso me habían pedido presentara a la cámara la nueva forma de redacción de ese artículo que nosotros traemos en nuestro segundo despacho.

Señor presidente: en esta cuestión de los alquileres, hay que contemplar varios aspectos. Entiendo que el debate ha sido extenso y documentado; que el discurso del señor presidente de la comisión, diputado doctor Mora y Araujo, dentro del campo jurídico, realiza un esfuerzo encomiable y digno de aplauso; que la labor del doctor de Tomaso hecha con toda su entusiasmo de juventud, trae al debate argumentos de orden jurídico levantables en lo que respecta a la necesidad de modificar nuestro código civil en aquellas disposiciones que se presentan en la época actual con un concepto que no es el de la necesidad ambiente, requerida por la lógica evolución del derecho, porque en su evolución está su esencia de vida.

Hay otra cuestión, que es la de emergencia, que constituye el segundo despacho de la comisión y que ella contempla ante una serie de circunstancias de hecho que la honorable cámara y el país no ignoran, porque están viviendo en la angustiosa expectativa de los inquilinos, presionados en una forma extorsiva e indecente por la masa de los propietarios, que ávidos de una mayor ganancia y ante la posibilidad de una legislación que los ponga dentro de los límites de la justicia y del derecho, actualmente quieren ir aprovechando para ganar una distancia que les permita sacar la mayor ganancia que la posible legislación pueda cortarles.

Comprendo que soy redundante sobre argumentos vertidos en el recinto por el señor diputado Bas y por todos los señores diputados que me han precedido en el uso de la palabra. No se ha entrado a este debate sin hablar antes de la necesidad de llevar a las personas que están bajo la acción de los propietarios la mayor suma de garantías para soliviarlas del peso del alquiler que gravita fuertemente sobre ellas; todos nos han hablado de la necesidad de colocarse dentro de un terreno que signifique la defensa de esos inquilinos; pero cuando la realidad de los hechos ha querido presentar lo que las palabras dicen, hemos encontrado que

entre el gesto, la palabra y el hecho hay un recogimiento de la mano con el cual la palabra o el voto no lleva en el proyecto lo que la palabra promete.

Todos reconocemos el problema en la extensión de sus términos, compenetrados de la necesidad de abaratar la vivienda, pero cuando llega el momento de pronunciarnos sobre ello, entonces se manifiestan los espíritus ampliamente conservadores, que desean no lesionar derechos ni ir contra situaciones establecidas. Alguien ha hablado — el señor diputado Maidana — de derechos inmutables; y en un momento y en forma elocuente de pregunta, el doctor Frugoni dejaba establecida la enormidad de lo que significaba en nuestro parlamento una afirmación semejante.

Sr. Maidana. — Según el criterio del señor diputado.

Sr. Rodeyro. — Desde luego, hablo con mi criterio; no pretendo imponerlo, pero quiero dejarlo claramente fijado.

Todos conocen o pretenden conocer las causas del alza de los alquileres y todos encuentran soluciones. El discurso del señor diputado Bas, es sin duda alguna, el que en una forma más clara marca la diferencia entre lo que se ofrece y lo que se da. Es una táctica parlamentaria — yo la reconozco como una hábil táctica parlamentaria — que se ve en la sonoridad de la frase, en la violencia del concepto, todo lo que su intuición le da contra ciertas situaciones de hecho, y en su acción de legislador es donde retrae en la letra lo que se le haya ido en la palabra.

Sr. Maidana. — ¿Se refiere al señor diputado Bas?

Sr. Rodeyro. — Sí, señor; bien claro lo he dicho; y su sonrisa de aprobación muestra que el argumento le es, si no convincente, por lo menos agradable.

Sr. Bas. — Completamente convincente...

Sr. Rodeyro. — Nos ha citado a Posada y nos ha traído el problema de la urbanización. Nos ha hablado de las causas múltiples que han producido el alza de los alquileres: de la falta de

edificación, a la que me he de referir en particular, y de la llegada al país de gran número de inmigrantes.

Se referían estos argumentos a la época en que se ha encarecido verdaderamente la propiedad, es decir, al período de la guerra, que es en el que casualmente se ha producido lo contrario, pues han salido todos los nacionales de los países en guerra, despoblando en parte la capital, en la cual se ha producido sólo el aumento vegetativo.

Sr. Bas. — He dicho terminantemente que después de esa época se ha producido lo inverso; y con respecto a la inmigración extranjera el señor diputado ha olvidado una palabra, pues he dicho inmigración extranjera acomodada.

Sr. Rodeyro. — En la cual se pueden considerar dos clases...

Sr. Bas. — Todo lo que quiera el señor diputado, pero manteniendo los conceptos como yo los expresé.

Sr. Maidana. — Hay la inmigración acomodada y la que no tiene acomodo... *(Risas)*.

Sr. Rodeyro. — El argumento del señor diputado es muy chistoso, pero no tiene ninguna consistencia. No lo contesto, porque en materia seria, donde el sufrimiento del pueblo está de por medio, por más gracioso que sea el argumento nunca me hace gracia, mereciéndome todo el respeto que me merece el señor diputado por su facilidad para expresarse en forma graciosa...

Sr. Maidana. — Piensa muy bien el señor diputado.

Sr. Rodeyro. — Considero el dolor del pueblo en toda su intensidad; tengo en cuenta la responsabilidad que como diputado me cabe de considerarlo con toda seriedad y me abstengo de suscitar alrededor de él situaciones agradables que despierten el ambiente somnoliento que se nota en el recinto cuando un orador como el que habla es monótono para los señores diputados.

Hablaba el señor diputado Bas de la inmigración acomodada, que es de dos clases: la que viene con dinero a labrar una fortuna perdida y la que viene por turismo. La República Argen-

tina ha sido un país de paz en medio de la guerra, presentando un campo favorable para que llegaran a nuestras costas todos aquellos hombres que antes iban en sus jiras de turismo a otros lugares, y todos aquellos que iban buscando una mejor inversión para sus capitales. De manera que no es ese el problema.

No hay que buscarlo tampoco — a pesar de que es una de las causas fundamentales — en la falta de edificación, que se esgrime como argumento principal del encarecimiento de la vivienda. Casualmente, se argumenta con lo que da mayor tiempo para resolver el problema.

Con los señores diputados Ortíz, Anastasi y Ferrarotti hemos tenido largas conversaciones hablando de la cuestión de la edificación. Existía la idea común de presentar un proyecto, que el señor diputado Ortíz tenía ya articulado, en el cual, por medio de bonos de pavimentación o de un empréstito interno o externo, por medio del estado, se resolviera el problema de la edificación en la única forma en que es posible resolverlo, en grande escala, dando a la administración una enorme suma de dinero para que pudiera intervenir a este fin con la magnitud que el problema exige.

La edificación por iniciativa privada para resolver un problema de esta importancia, no es posible pensar en ella. Si no se ha empleado dinero en edificación en estos últimos tiempos, es porque los grandes capitalistas del país lo han invertido en los negocios de la guerra y en los negocios posteriores a la guerra. Es porque estamos frente a esos acaparadores que denunciaba el señor diputado Bas, al que yo en este momento lo invito a firmar un proyecto que presentaré oportunamente tendiente a llevar a la prisión, en forma concordante con las ideas modernas, a todos los sujetos que vivan de la salud del pueblo, abusando en esa forma de los derechos que una mala legislación les acuerda. Si no se empleó dinero en la edificación es porque él ha sido empleado en la especulación que ata violentamente al pueblo; es porque se em-

plea en los negocios de trigo de que nos hablaba el señor diputado Martínez; en el azúcar cara; en la carne cara en el país de la carne; en las industrias florecidas durante la guerra por razón de la especulación y desaparecidas luego; y pongo por ejemplo las industrias de los productos químicos que rápidamente se formaron por las dificultades de traerlos de Alemania en virtud de la guerra y que se fabricaban aquí en malas condiciones, inundando la plaza con ellos y ganando sumas extraordinarias de dinero. Así se ha negociado con el yodo y otras sustancias medicamentosas, no parándose en nada para exprimir al pueblo y hasta llegando a sacar fabulosas ganancias con la especulación de los artículos de primera necesidad.

No se empleó dinero en edificación porque convenía más emplearlo en todo aquello que diera el cien por ciento de interés, que es el interés que busca el acaparador, que es el interés usurario; así se establece el agio y se echa sobre la vida del pueblo todas las desgracias imaginables, para después asustarse cuando las revoluciones de abajo imponen a los que tienen todo el derecho de los que no tienen nada. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos*).

—Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro de hacienda, doctor Domingo E. Salaberry.

La demanda y la oferta, no, señor presidente. No nos engañemos con el enunciado de leyes de política económica; no nos engañemos con enunciados teóricos expresados a flor de labio: vayamos al fondo de la cuestión, entremos en la realidad.

Se ha hablado de principios inmutables de derecho. No, señor presidente. En esta cámara, la cita da carta por lo menos de estudioso y aun cuando yo no soy muy partidario de ella porque me gusta la brevedad, dado que en este debate hemos pasado de Estados Unidos a Bélgica, voy a seguir al señor diputado Bas por este último país.

Un célebre profesor de la nueva universidad de Bruselas, senador del rei-

no, contemplando estos asuntos legislativos, hablaba del parlamento, de la teoría pura del derecho y decía:

“El pueblo es no sólo el depositario de su derecho sino emisor del mismo. La muchedumbre, agitada e inspirada, trabaja sin descanso por la formación jurídica. Tiene accesos de virtud legislatora colectiva; es una máquina viva que confecciona derecho, es quien lo elabora, realiza e impone, y quien, de sacudida en sacudida, pone en marcha y en punto el fenómeno jurídico. Este movimiento íntimo de la opinión instintiva de las masas es el único poder purificador real que a cada uno de nosotros nos coloca por encima de las corrientes de los sentimientos de la fe de otros que a menudo son superficiales. Es ante todo un resorte vital cósmico, es la verdadera realidad de los cambios jurídicos impuestos por la acción de la muchedumbre que representa ese cambio, que nos impele en nuestra acción.”

Decía más adelante este pensador belga, que tiene el verdadero concepto del derecho puro, ya sea producto de la lucha, ya sea producto de la evolución, ya sea producto de la concepción de los juristas:

“El pueblo debe ser gobernado, no para servir de campo de experimentación a las lucubraciones personales de los legisladores, sino para orientar, — oído bien — para orientar, ejecutando sus propias indicaciones, realizando el ideal que segrega. El legislador debe ser el hábil registrador de las necesidades populares, que dice mejor y más claramente lo que aquél balbucea de un modo confuso; que sabe que hay que abaratar la vivienda, que ese es el problema que gravita sobre la población, y que ha de buscar en la serena lucubración de sus ideas llegar al abaratamiento, pasando por encima de todos los principios que haya que pasar si el nuevo derecho, fundado en las necesidades ambientes, así lo establece como un imperativo categórico del mandato del pueblo. Al igual del legislador, dice el pensador, el jurisconsulto en sus teorías edificadas, debe inspirarse ante todo en el alma popular y no servirse de la razón — oído bien, vuelvo a insistir, señores diputados: es un hombre que habla con el corazón auscultando el derecho donde el derecho radica y se encuentra, que es en la esencia del pueblo — y no servirse de

la razón más que para descubrir y expresar aquélla”.

Señor presidente: He traído estas citas... Si se las considera muletas, como decía el señor diputado Bravo, serían en todo caso sólidas muletas de pensamiento que lo llevan a uno al debate tranquilo y sereno, porque sabe que a pesar de la juventud campea en su idea un sentimiento de justicia innato y rebelde en la masa del pueblo.

El derecho es el producto de una renovación; el derecho es lucha, lucha que se justifica en todo momento. Ese texto lo he tenido varios días en mis manos y lo he leído ávidamente porque en él encontraba justificativo a una duda que había en mí espíritu sobre la sinceridad — sin que esto implique ninguna ofensa colectiva ni personal — sobre la sinceridad de los hombres que operaban en derredor de la reforma y de su raigambre, que los obligara a contemplar estos problemas sin prejuicio de ninguna especie, entregándose sólo a la realidad de las necesidades ambientales.

La cita del señor diputado Bas del profesor belga me alentaba. Habíamos pasado de Estados Unidos a Bélgica y creíamos avanzar en materia de legislación. Un derecho malo es un crimen colectivo, señor diputado: es la mejor justificación de la lucha. La lucha por el derecho se justifica aunque llegue a la guerra, que cuando es por conservar o ganar derechos justos merece elogios, pues dignifica el alumbramiento de la justicia por la fuerza.

Dice un maestro de derecho en la mártir del derecho, que es Bélgica: “Dirigir la lucha para la conquista del derecho, debe para el hombre público o privado constituir un deber jurídico en el más alto sentido de la palabra. Aun más que respetar el derecho de vecino, porque esto significa ir hacia la colectividad, más que hacia el individuo”.

Podría seguir trayendo sinnúmero de citas; podría también citar a Ihering, el maestro de derecho, quien nos habla de esa especie de quijotismo reputado por el vulgo, cuando se trata de modificar conceptos jurídicos, pero

que es necesario por un alto sentimiento de juridicidad.

Podría traer un sinnúmero de citas a los señores diputados que se han alarmado ante las reformas que no son, por otra parte, más exageradas por el exceso de defensa que por el exceso de ataque. Hay en las clases ricas de nuestro país, señor presidente, un afán de asustarse que verdaderamente a uno lo hace pensar hasta dónde las podría llevar el pavor si el ataque se produjera en realidad. Ese hecho de que tanto se asusta la clase rica, radica, en mi concepto, en que sus miembros no han vivido sino en el afán de enriquecerse, y ese afán de enriquecerse les ha perturbado la sensibilidad, dejándoles sólo el sentimiento del miedo ante la posibilidad de tener que dejar lo que han ganado.

Señor presidente: yo podría, o debería, según el concepto de algunos señores diputados, contestar tanto argumento jurídico como ha hecho el señor diputado por Córdoba, doctor Martínez; pero se me ocurre una sola observación: el señor diputado ha hecho la discusión en particular, cuando estamos discutiendo el despacho en general. Cuando el señor diputado por Córdoba reedite, como me parece lo hará, cada uno de los argumentos que ha hecho, cuando se discutan los diversos artículos, el señor presidente de la comisión, doctor Mora y Araujo, espíritu abierto a todas las reformas de carácter legislativo, aunque conmuevan en la esencia el derecho, porque no tiene prejuicios, le contestará el alcance de todas sus observaciones, y si algunas de ellas nos hace invertir nuestro concepto o acceder a su modificación, allá la cámara resolverá.

Por mi parte, y *grosso modo*, siguiendo el concepto general del debate, expreso éstas mis ideas, que no llevan mucho de réplica, pero sí mucho de sinceridad.

Vamos a paralizar la edificación. Lo ha dicho el señor diputado Bas en un arranque de elocuencia parlamentaria, y ha cosechado por ello aplausos que no creo los descara, pero que le han de haber halagado. Vamos a paralizar

la edificación, decía el señor diputado; pero olvidaba que nosotros no legislamos para las casas a edificar, sino para las ya edificadas; que nosotros hacemos la ley ante la voracidad de los actuales propietarios; que no existía ninguna ley que paralizara la edificación y sin embargo ella se ha paralizado, si no en una forma total, en forma apreciable.

¿Qué ley de emergencia les ha dicho a los señores capitalistas que no edificasen? ¿Qué ley de emergencia les ha dicho a los señores capitalistas que ahorcasen a la población de Buenos Aires, subiendo en un cien o en un cincuenta por ciento los alquileres, como lo voy a demostrar con documentos? No ha habido ninguna ley de emergencia que ponga a la usura en trance de mostrar su garra al público con la impudicia de su acción; sólo ha habido la impudicia de su instinto que los llevaba a ello.

No vamos a paralizar la edificación, señor presidente. Vamos a decirles a los que actualmente tienen propiedades, que si han aumentado los alquileres en forma usuraria han de tener que reducirlos. A esto es a lo que se refiere la ley de emergencia. Les vamos a decir, modificando el código civil, que si el contrato de locación estaba mal preceptuado, por un nuevo articulado los inquilinos tendrán todas las garantías y un tiempo mínimo para poder desenvolver su vida a cubierto de cualquier exigencia. No hemos legislado sobre el máximo, que tanto sorprendía al señor diputado Martínez, sino que se trataba de legislar sobre el mínimo. Queremos garantizar un mínimo, porque el máximo está garantizado por la posibilidad de un contrato.

Citaba el señor diputado Bas algo muy interesante, un juicio de Alfredo Fouillée. Es una fábula muy interesante. Es exacta. Literariamente de efecto, señor diputado. El señor diputado es hábil esgrimista en la dialéctica. Yo le voy a citar un clásico nacional, señor diputado. Pero le voy a otorgar carta de ciudadanía española, en nuestro país. Nadie es profeta en su

tierra. Le voy a hacer sacar carta de ciudadanía española, para que sea más grato a los oídos de los señores diputados, ya que no se la puedo sacar norteamericana, porque allí no lo han citado.

Don Miguel de Unamuno, espíritu áspero como un serrucho (*risas*) para juzgar ciertas cosas, ha escrito mucho, no ha convencido a todos, pero ha hecho pensar a algunos. Don Miguel de Unamuno comenta a Don Quijote y Sancho Panza, monumento de literatura, y en un capítulo en que Don Quijote, comiendo bellotas, se dirige a unos cabreros y les endilga un discurso de la literatura de aquellas épocas de florecimiento de la literatura de oro en España, dice Unamuno que hace bien Don Quijote en no hablarles a los cabreros de la cuestión cabreril, que es más práctico hablar de aquello que no se va a poder realizar, y con ese motivo, cita a Martín Fierro, y dice: se le podría aplicar lo que dice el gaucho Martín Fierro: "De los males que sufrimos — Hablan mucho los puebleros — Pero hacen como los teros — Para esconder sus niditos: — De un lado ponen los huevos — Y de otro pegan los gritos." (*Risas*).

Sí, señor presidente; esa es la realidad de los problemas de los alquileres: de un lado pegan los gritos y de otro ponen los huevos. Se habla de la necesidad de la reforma, se halaga al pueblo, las manifestaciones golpean a las puertas del congreso, todos estamos de acuerdo, todos queremos resolver el problema; pero hablamos de anarquía, hablamos de la imposibilidad de ponernos de acuerdo, del respeto del derecho, de la inmutabilidad de los mismos, de los pavorosos problemas que se han de presentar en el porvenir, de paralizar la edificación, de sumir al país en un caos enorme; en definitiva, todos queremos la reforma, pero en la práctica ninguno la realiza. (*Aplausos*).

Señor presidente: yo no sé si preveo, porque nunca he tenido instinto de adivinador, el resultado que van a tener los despachos de la comisión de legislación; pero sé que, cuando, mañana se analice la acción de los hombres del parlamento, si algún espíritu sutil, de

esos que saben ver a través de lo más espeso de la literatura parlamentaria, intenta penetrar donde se manifestó la necesidad, el deseo de realizar una obra de aliento, ¿a quién irá el aplauso y a quién la censura? Yo no me adelanto. Creo que esos espíritus existen en la actualidad, y para mí lo que representa una obsesión desde que entré en este recinto es que no vaya a estar ese instinto tan vulgarizado que, hecho carne en la muchedumbre, se vaya propagando de uno a otro, formando un sentimiento colectivo, que levante en contra de nosotros una animadversión de pueblo, que nos exija en una forma efectiva trabajar con más sinceridad aunque con menos elocuencia.

Señor presidente: el ex diputado doctor Rodolfo Moreno, los actuales diputados doctores Tamborini, Ferreyra y Bas, han presentado proyectos, y ellos campean alrededor de una fórmula de abaratar prácticamente los alquileres; no podrán cobrar más del ocho por ciento, dice Tamborini y Ferreyra; siete, dice Rodolfo Moreno.

Sí, señor presidente; con eso no vamos a abaratar los alquileres, con eso vamos a aumentar la renta fiscal por las propiedades mal tasadas, porque sus dueños han burlado al fisco, que son los más, como lo voy a demostrar; y si sobre la valuación hay que cobrar el ocho, como la ley le permite al propietario una nueva valuación, cómodamente pagará el seis por mil, para después cobrar el ocho por ciento. Y en esa forma, lo único que habremos hecho es darle plata al fisco, pero no abarataremos los alquileres.

Hay que legislar en una forma cruenta y dolorosa que ha de ser para los menos, para los que no merecen respeto porque le han faltado el respeto al pueblo, siendo usureros. ¿Cómo vamos a legislar para dejar doloridos a los que han traído el dolor a la muchedumbre? ¿Qué miramiento nos ha de detener? ¿Por qué no hemos de hacer lo que hizo España? ¿Por qué — y que me disculpe el señor diputado Costa que le quite el monopolio de las citas españolas (*risas*) — no hemos de traer rápidamente una baja de los alquileres

en una forma automática diciéndole a los propietarios: no cobraréis más de lo que cobrabais en tal época, porque no hay ninguna razón fundamental que os permita decir que la propiedad debe ganar más.

¡Hay que ver las cosas, señor presidente, que se hacen en nuestra capital! Aquí tengo documentos. Nuestros grandes ricos... — no temo en dar nombres propios... la sucesión Ortiz Basualdo acaba de subir en una forma extorsiva los alquileres, y aquí tengo un recibo con la firma del albacea en el que consta un alquiler de 320 pesos de una casa vieja, sucia, al que de repente se le aumenta 150 pesos, mientras nuestro parlamento discute la necesidad de tratar el abaratamiento de la vivienda. Traigo el nombre, para ponerlo frente a la opinión de nuestro país. Esa casa, que está en la calle Sarmiento 320, está valuada en 90.000 pesos, siendo el valor del terreno superior a esta suma. Se defrauda al fisco y se grava al inquilino y no hay justicia colectiva que le diga a los propietarios: ¡hasta dónde vais a llegar con vuestros abusos. (*Aplausos*).

¡Pero qué nos extrañamos nosotros de que los individuos hagan eso si las grandes colectividades también lo hacen! Aquí tengo un informe de la Bolsa de Comercio, donde un hombre joven el doctor Enrique González Patiño dice en plena bolsa y en presencia de la asamblea: Vosotros pagáis al fisco como si vuestra propiedad valiese 2.600.000 y todos sabemos que su valor es de 8.579.000. ¿Cómo les vamos a pedir moralidad a los individuos si las grandes instituciones de crédito, que deben merecernos respeto, donde se concentra la fuerza viva del comercio, defrauda en esa forma al fisco de nuestro país, porque se cree que robar al Estado no es robar la sangre al pueblo que labora la felicidad colectiva. (*Aplausos*).

¡Y el caso de aquel ciudadano que vive en la calle Alsina, que posee una finca en la calle Florida que hace ocho años está desahogada y que en aquel tiempo se ofrecía por 2.000 pesos; hoy

llega a 12.000. Es un propietario que dice con la mayor impudicia a quien va a verlo para alquilarle esa casa que él no necesita dinero, que se embromen los que no trabajan como él ha trabajado; como él no necesita dinero, se divierte con los que quieren alquilarle su propiedad, en plena calle Florida, donde puede levantarse un edificio que albergue a multitud de obreros trabajando, y a ello se opone un hombre que se ha enriquecido no sabemos cómo ni cuándo y que realiza actos de verdadera piratería colectiva, como este que significa sustraer de la vida y de las necesidades de la convivencia social propiedades que caen dentro del concepto moderno, de que el derecho de un individuo termina en donde empieza el interés general. (*Aplausos*).

Señor presidente: hacemos frases bonitas, no herimos a nadie, somos caballeresamente legisladores, pero interpretamos la necesidad colectiva de la hora actual, nos compenetramos de la necesidad ambiente y valientemente, cual cirujano atrevido, con el escalpelo en la mano, nos dirigimos a la mesa de disección y nos vamos al cadáver para mostrar franco surco, para mostrar dónde está la llaga y lo colocamos en el primer enfermo que encontramos, a quien decimos: ahí tienen el remedio hallado merced a la conciencia de nuestro voto y a la plenitud de nuestro esfuerzo. (*Aplausos*).

Aquí tengo la tasación de los bienes de la sucesión Ortiz Basualdo y podría enumerarlos uno a uno e insertarlos en el Diario de Sesiones; pero no lo voy a hacer: sólo diré que hay propiedades que valen dos millones, tasadas en doscientos mil. Pero no es de él la culpa: es de todos los ricos tanto propietarios urbanos como rurales.

Ya sabemos en la forma que se opera en los tribunales para que las herencias no paguen todo lo que deben pagar al fisco; ya sabemos cómo se enuebran con falsas denuncias de bienes y con retrainimiento de su valor efectivo, y cómo no lo hemos de decir cuando está flotando en nuestra conciencia; por qué hemos de venir a nuestra ban-

ca a seguir el surco del que calla; por qué tener miedo de herir los intereses creados? Hay que erguirse y ser legisladores en el alto concepto de la responsabilidad colectiva.

Señor presidente: casos como los que he citado, que no pueden clasificarse de otra manera, casos como el de Ortiz Basualdo, como el de la Bolsa de Comercio, hay sinnúmero. El señor diputado Bas también los ha citado, pero él dentro de su táctica parlamentaria: hasta allí la palabra, hasta aquí la realidad del gesto.

Se ha hablado de la inviolabilidad del derecho de propiedad. Lo ha defendido jurídicamente mi amigo, el revolucionario templado, doctor de Tomaso (*risas*), que lo creo seco doctrinariamente por afinidad de grupo y de ideas. (*Risas*). Se ha hablado de la propiedad exclusiva y perpetua, y yo quiero traer al respecto una cita del profesor Paz, corta: "Siendo el dominio un fenómeno social no es comprensible que se le apliquen los términos absolutos". Lo dice un maestro de derecho, compañero de otro maestro que me mira con una insinuación de sonrisa tan leve que no se hace perceptible.

Es exclusivo en cuanto no puede ser trabado ni disminuído por el derecho de un tercero; pero es indudable que esa exclusividad puede ser restringida por leyes fundadas en el bienestar social. Hubiera leído la nota de Vélez Sársfield que para mí es concluyente, si no lo hubiera hecho ya el doctor de Tomaso. La tenía anotada. Se ha hablado... pero se han disminuído tanto estas cosas que no es posible internarse en el campo del derecho, y sobre todo lo haremos en la discusión en particular... se ha hablado de la retroactividad. Se ha citado a Machado. Savigny es el que con más claridad y más acopio de doctrina ha tratado este asunto:

"El efecto retroactivo sobre la consecuencia de hechos anteriores es susceptible de diferentes grados. El puede ejercerse exclusivamente sobre las consecuencias de los actos jurídicos posteriores a la nueva ley, y puede, independientemente de esas consecuencias, abrazar tam-

bien el tiempo transcurrido antes de los hechos ocurridos”.

Este pudiera ser el caso que tuviera efecto retroactivo; pero nosotros no hablamos de devolver lo pagado, sino de fijar un precio; nosotros decimos, como expresaba ayer el señor diputado de Tomaso: tanto pagáis por el trigo por haber subido más de lo conveniente, tanto pagaréis por el alquiler por haber subido más de lo conveniente. Nosotros no damos efecto retroactivo, no decimos a los inquilinos de 1919: os van a devolver lo que os han quitado. No; ese es el mendrugo que queremos dejar en la garra del acaparador.

El juriconsulto Weber ha contestado a Savigny en un tratado minucioso, escrito en Alemania, sobre la retroactividad.

“La retroactividad es una gran perturbación que se produce en la sociedad, y hay casos en que el bien general o las necesidades de la misma sociedad lo exigen como un medio de conservación. Así sucede con las leyes de curso forzoso, las que miran a la higiene, a la seguridad, “etcétera”. La regla que niega fuerza retroactiva a las leyes, que no está escrita en la constitución, sino en los códigos comunes, es una advertencia hecha a los jueces para la interpretación y aplicación de las leyes, y no una limitación al poder de la legislatura, ni una causa de nulidad de sus disposiciones.” (Fallos de la suprema corte, tomo X, página 427.

Savigny dice en el tomo VI, página 361: “Evidentemente, el legislador tiene sobrado derecho de dar, por excepción, efecto retroactivo a una ley nueva”. Digo esto a mayor abundamiento, porque no es menester el debate sobre este asunto desde que no tiene carácter retroactivo la medida propuesta por nosotros.

Señor presidente: todo cuanto se diga, todo cuanto se haga para evitar hábilmente que llegue al pueblo lo que el pueblo pide dentro de un concepto evolutivo del derecho, admirablemente expuesto en las citas del maestro belga, el pueblo lo ha de detener. Así como en la naturaleza no se paran los acon-

tecimientos por la simple voluntad del pueblo, en las leyes sociales no se pueden detener los acontecimientos por el simple comentario del legislador. No se puede detener la marcha del sol, no se puede detener la marcha de la sociedad en el progreso siempre ascendente hacia el derecho, que es la resultante de la necesidad-ambiente. Vamos realizándolo en la serena evolución de nuestra vida democrática, en el entrecrocarse de todos los problemas mundiales: lo hemos realizado frente a la guerra y lo hemos de realizar frente a la paz. Hemos de estar donde lo marcan los acontecimientos, malgrado piensen algunos que se puede detener todo con medidas del momento. Hay que conceder lo menos que se puede, para que no nos quiten lo más que tenemos: esa es la verdad de la mentira de todos los que quieren legislar sin dar la realidad de la legislación.

Señor presidente: en la comisión de legislación ha habido ideas irreductibles, ha habido disparidad de criterio, pero quiero reconocer en todos un afán de concordar en los intereses colectivos. En lo que se refiere al grupo en que me encuentro accidentalmente y en el que creo que en muchas otras cuestiones me encontraré, porque percibo toda la intensidad de nuestras concordanancias espirituales en algunas materias de legislación — desde luego, creo que muy pocas veces me encontraré con el señor diputado Bas, porque él es un franco espíritu conservador, y yo por el contrario soy un franco espíritu evolutivo hacia el nuevo progreso y la nueva vida jurídica (*aplausos*) — todos hemos concurrido a proponer la realización de una obra a la honorable cámara. Descanso que se debatan ampliamente estas cosas; que no se tema el debate; que sea aceptado en toda su amplitud, que se vea en nuestro trabajo el deseo del trabajo de todos; que no imponga la majestuosidad del código; ella no puede subsistir ante la verdad-ambiente; no nos paremos ante posibles trastornos; entremos fuertemente en el camino de la discusión: seamos ampliamente responsables; ni un solo renuncio, ni un solo paso atrás, siempre vien-

do la manera de resolver lo mejor y de la mejor manera.

Si la reforma o modificación propuesta por la comisión, a que yo he hecho referencia, no fuera sancionada en su momento, yo dejo desde ya propuesta la fórmula de mi primitivo proyecto, es decir, que la fecha sea la del 1.º de enero de 1919. Firmo esto con mis compañeros y he dado ya las razones por las cuales lo he hecho. El artículo dice así: Desde la fecha de la promulgación de esta ley, y durante dos años, el precio de locación de las casas, departamentos y piezas será el que por esas habitaciones se pagaba el 1.º de enero de 1920.

Señor presidente: estamos terminando, creo, la discusión en general de este asunto, y ojalá mañana, cuando los hombres contemplen esta obra, la vean realizada como nosotros la vemos, no como deseaba verla realizada el señor diputado Martínez, en el campo sereno de las abstracciones doctrinarias; porque vivimos la vida de la realidad y no debemos serenarnos — yo no deseo serenarme para decir lo que pienso. Producto de una mayoría que cree sinceramente en mi acción, quiero traer su pasión unida a mi pasión a los debates en que intervenga. La absoluta serenidad abstracta de la doctrina pura, vaya al gabinete del jurista; venga al parlamento el grito de la necesidad, articulado en el mandato imperioso del elegido por el elector.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*).

Sr. Presidente (Goyeneche). — Tiene la palabra el señor diputado por la capital.

Sr. del Valle. — No, señor presidente. Me corresponde a mí usar de la palabra. La había pedido y el señor presidente me la había concedido. He accedido a que hablaran antes otros señores diputados, por una razón elemental de consideración al señor diputado por Córdoba, para que terminara su discurso comenzado, y por consideración personal hacia mi correligionario el señor diputado Rodeyro.

Sr. Rodeyro. — Es exacto.

Sr. del Valle. — Mi palabra va encaminada a una moción de las que el reglamento clasifica como mociones de orden y que tienen prioridad.

Dicho esto, la honorable cámara puede tener la seguridad de que no voy a hacer un discurso, sino que simplemente voy a fundar, de una manera breve, la moción que haré en seguida.

Empezaré, señor presidente, por rendir el homenaje de mis respetos a la labor que representan los despachos presentados por la comisión de legislación general, homenaje que hago extensivo a las exposiciones brillantes que hemos escuchado sobre este grave problema que tanto nos preocupa.

Pero este mismo debate, las exposiciones producidas, han traído a mi ánimo el convencimiento de que este asunto en realidad recién empieza a estudiarse; que son tan contradictorias las opiniones vertidas, por más que todas giren alrededor de un mismo concepto y con un mismo anhelo, que haría muy difícil que la cámara pudiera, en medio de la discusión, optar por lo mejor y más conveniente.

Creo que unas y otras iniciativas tienen su mérito y su razón de ser, como también sus peligros.

Los peligros los anoto en lo que se refiere a la modificación de leyes fundamentales por una ley accidental y de circunstancias. El medio para realizar el fin que se propone no debe consistir en la reforma de la ley civil, que regula las relaciones entre inquilino y propietario. Debe irse a atacar el mal en su raíz. Hay una razón de carácter económico; y por más que se haya hecho referencia en forma despectiva a la ley de la oferta y la demanda, la verdad es que esa ley de la oferta y la demanda es la que determina esta situación irregular, de angustia y de necesidad que estamos palpando: hay mayor población para menor habitación. ¿Cuál es la manera de atacar el mal? Concurrir los poderes públicos por todos los medios a su alcance a abaratar la vivienda abaratar los medios de construcción. Ese es el punto de vista fundamental que debemos tener en cuenta al legislar.

Apunto estas observaciones de carácter general porque encuentro que en los dos despachos de la comisión y en alguna indicación especial, como la del señor diputado Maidana, se contempla este punto, que para mí es el principal de la cuestión.

El señor diputado Maidana, en su proyecto tendiente a modificar esta situación, ha introducido un artículo referente a construcciones baratas, aplicando a ello el remanente que pudiera haber del impuesto que el congreso sancionó sobre el trigo. Yo coincido en ese pensamiento; y debo anticipar que el poder ejecutivo, según entiendo, tiene también ese propósito. Tan es así que, adelantándose a ese pensamiento, se están realizando las obras necesarias para construir una gran fábrica de ladrillos que pueda dar diez millones de ladrillos por mes. Esa fábrica se instala en Tapiales bajo la dirección del ministerio de obras públicas y con intervención de la municipalidad.

Sr. Maidana. — Me felicito de que el señor diputado esté de acuerdo con mi pensamiento y de que el poder ejecutivo, interpretando bien los intereses del pueblo, en vez de dar pan durante ocho días, con lo que no va a remediar las grandes necesidades públicas, dedique ese dinero a una obra permanente y definitiva, como es la construcción de casas baratas, que necesita el pueblo con más urgencia.

Sr. del Valle. — Perfectamente, señor diputado.

Todas estas reflexiones que hago y estos antecedentes que cito, van encaminados a fundar la razón de la moción que formulo en el sentido de que los despachos de la comisión de legislación y los diversos proyectos presentados pasen al estudio conjunto de las comisiones de legislación general y de presupuesto, para que den a la cámara un despacho en que se contemplen todas las situaciones que este problema plantea y lo resuelvan en la forma más conveniente.

No podremos llegar a un resultado práctico mientras no se dé el remedio que se necesita. Todo lo demás son signos del termómetro que indica que hay

fiebre, pero hay que extirpar la fiebre, y ¿cómo se extirpa la fiebre? No con reformas del código civil sino removiendo los inconvenientes que hay para que se construyan casas baratas, y no se estimula absolutamente la construcción de casas baratas, poniendo cerrojos a la iniciativa y al movimiento libre del capital.

Sr. Maidana. — Perfectamente de acuerdo.

Sr. del Valle. — Por estas consideraciones hago moción en el sentido indicado y también me he de permitir llamar la atención de la honorable cámara — y esto no es con el amor de padre — sobre un proyecto simple que presenté a la cámara y que la comisión no ha tenido en cuenta.

Sr. Mora y Araujo. — Lo ha tenido en cuenta, señor diputado.

— Ocupa la presidencia el señor vicepresidente primero señor Teófilo Sánchez de Bustamante.

Sr. del Valle. — Está repartido en la orden del día. Era un proyecto, como yo lo titulaba, de ley de emergencia, destinado, precisamente, a colocar al inquilino al amparo de la avaricia de ciertos propietarios, que, debo decir en honor de la verdad, señor presidente, no son todos. Hay gente sin conciencia y la hay con moral. Y así como desgraciadamente aquí se han citado nombres que no debieron en mi concepto haberse enunciado, yo no lo haré, pero podría indicar muchos hombres de fortuna, propietarios, que tienen conciencia para no extorsionar a sus inquilinos.

Con mi proyecto buscaba garantizar al inquilino de esa avaricia suspendiendo los juicios de desalojo durante un año, para dar lugar a que el congreso pudiera sancionar una ley definitiva al respecto, y al mismo tiempo para colocar a inquilino y propietario en situación de llegar a transacciones amistosas que hicieran menos gravosa el alza de los alquileres.

Someto esta idea nuevamente a la honorable cámara, y si ella aceptara la moción que hago de volver el asunto

a las comisiones de legislación y de presupuesto, juntamente con los nuevos proyectos e ideas presentados en el curso del debate, pediría que la cámara considerara mi proyecto, que es una verdadera ley de emergencia que duraría cuanto fuera necesario y que garantizaría al mismo tiempo al inquilino de los desmanes o abusos de los propietarios.

Sr. Mora y Araujo. — Pido la palabra.

Tratándose de una moción de orden como la que acaba de formular el señor diputado, no voy a objetar las consideraciones en que acaba de fundarla, en cuanto ellas se refieren a la oportunidad de la reforma proyectada por la comisión de legislación a algunos artículos del código civil, y además, porque en mi informe en general ya hice conocer de la honorable cámara cuáles fueron las razones que fundaron la actitud de la comisión.

No podía proyectarse una ley de emergencia sobre los alquileres sin afectar algunas disposiciones del código civil, y se hizo entonces indispensable afrontar la reforma de esos artículos para armonizar con él el proyecto de ley sobre precio de aquellos.

La comisión ha puesto en el estudio de esta cuestión toda su consagración y el conocimiento hecho en largos años de estudio en la ciencia constitucional y la del derecho privado; de manera que, sin entrar a emitir un juicio sobre el mérito de esa labor, que no me corresponde hacer, debo invocar ante la honorable cámara este hecho para dejar establecida la actitud de la comisión en su obra, y en qué forma y sobre qué cimientos la ha levantado.

Ha tomado en consideración todos los proyectos presentados a la cámara. Ha tomado también en consideración el proyecto del señor diputado por Buenos Aires, señor del Valle, y ha incorporado en el cuerpo de sus proyectos algunas disposiciones, puede decirse, tomadas de ese proyecto.

De manera que, por lo que a la comisión respecta, la vuelta de este asunto a su seno no va a hacer que ella modifique sus opiniones: la comisión

seguirá pensando mañana como ha pensado ayer, porque este proyecto es el resultado de estudios hechos, como he dicho ya, con toda consagración, a base de las iniciativas traídas al seno de la cámara y de las leyes sancionadas en otros países, que contemplan fenómenos sociales que están a la vista de todos y que reclaman imperiosamente soluciones de equidad y de justicia de parte de los poderes públicos.

Anticipo, desde ya, que la comisión recibirá con todo respeto lo que la cámara resuelva con referencia a la moción presentada por el señor diputado del Valle; pero a nombre de ella manifiesto que no necesita que este asunto pase nuevamente a su estudio para introducir modificaciones que la cámara misma puede hacer en vista de las ideas exteriorizadas en el debate que se ha iniciado, y seguramente continuará, al que podrán aportar los señores diputados el concurso de sus observaciones y juicios.

Al informar en general, he expresado que no presentábamos el despacho con un propósito de exclusividad, sino que estábamos resueltos a escuchar y aceptar todas aquellas modificaciones que fuesen presentadas y consideradas por la comisión como más convenientes para el logro de sus fines.

Estas consideraciones las hago a la honorable cámara porque creo que se ha de dar cuenta ella también de la necesidad que hay de tomar una resolución acerca de este grave problema de los alquileres, que está agitando intensamente a la opinión de la capital federal y que puede tener mañana manifestaciones de carácter quizá más grave de lo que podemos imaginar en este momento.

Nada más.

Sr. del Valle. — Pido la palabra.

Como autor de la moción, tengo verdadero deseo y considero un deber aclarar mi situación con respecto a la comisión de legislación; porque de las palabras del señor diputado, presidente de ella, parecería surgir la duda, la sospecha de que yo no le he dado importancia o mérito al trabajo de la comisión.

Sr. Mora y Araujo. — No, señor diputado. Ya he manifestado...

Sr. del Valle. — Lo he reconocido, y lo ratifico.

Tampoco puedo considerar infalible la palabra del señor diputado, al decirnos que la comisión no reformará su manera de pensar, porque tratándose de hombres inteligentes y preparados, supongo que las observaciones surgidas de este mismo debate pueden contribuir a modificar muchas de sus opiniones; y me apoyo más en este concepto cuando yo he propuesto la reunión de la comisión de legislación con la de presupuesto, y es de esperar que el concurso de legisladores distinguidos como hay en esas comisiones—exceptuando mi modesta persona, pues formo parte de ella — podrá aportar nuevos motivos para ilustrar esta cuestión.

Aquí lo que se quiere, lo que deseo —y en esto creo interpretar la voluntad de la cámara — es dar una sanción que resuelva en forma definitiva este problema, que no es de la hora presente, sino también del porvenir. En cuanto a la situación actual y en cuanto ella puede afligir a los inquilinos, ya he dicho que pienso, sin amor propio de ninguna clase, que el proyecto sencillo que yo he presentado remedia su gravedad, y que hará que el inquilino se vea libre de extorsiones, y mientras tanto el congreso se puede tomar el tiempo necesario para resolver en una forma eficaz esta cuestión. Tan no quiero crear obstrucciones ni valerme de una maniobra parlamentaria para inutilizar el trabajo de estas comisiones, que me permitirá agregar a mi moción lo siguiente: que el estudio del asunto lo hagan las comisiones de presupuesto y de legislación en conjunto y que se fije todo el mes corriente para que presenten despacho.

De esta manera se puede tener la seguridad de que en las sesiones del corriente año el asunto quedará resuelto en una forma definitiva, cosa que difícilmente se conseguirá en la forma en que ha traído el despacho la comisión y con la anarquía de opiniones que existe.

Sr. Anastasi. — Pido la palabra.

Siento no poder adherir en forma alguna a la proposición formulada por el señor diputado por Buenos Aires.

Entiendo que en estos momentos no debemos defraudar la confianza que el pueblo de la república ha dispensado a sus representantes. No se están tratando aquí cuestiones trascendentales, graves reformas sociales. ¡Qué van a ser graves reformas sociales si me sería a mí fácil demostrar que la legislación de los reyes de España y de los papas han sido más adelantadas que la propuesta por la comisión de legislación!

La comisión de legislación ha estudiado el asunto con un criterio sano y prudente, por lo que considero que no necesita el refuerzo de la comisión de presupuesto, que debe consagrarse a estudiar otros asuntos tan importantes como el que en este momento ocupa la atención de la cámara.

Por otra parte, el congreso en tres meses ha tenido tiempo suficiente para estudiar estas cuestiones y todos los señores diputados deben estar actualmente preparados para resolver un problema ocasional, para el cual no se le piden soluciones enormes. Creo que no será necesario repetir aquí el adagio vulgar de que lo mejor es enemigo de lo bueno. El mismo señor diputado por Buenos Aires demuestra con su proposición de que se considere su proyecto, que le es posible a la honorable cámara en este momento, si no sancionar todos los artículos que contiene el despacho de la mayoría de la comisión o los que contiene el despacho de la minoría, sancionar, por lo menos, una parte de ellos.

Pero, señor presidente: después de tres meses de sesiones, después de haber consagrado veinte días a interpretar el artículo 75 de nuestra constitución, venir a confesar todos paladinamente que no tenemos criterio suficiente en este momento, que no tenemos la información necesaria para votar los despachos, me parece que implicaría defraudar en grado sumo la expectativa de todo el pueblo de la república en estos momentos.

Creo, entonces, que lo que se debe hacer, ya que las exposiciones de los señores miembros de la comisión han sido brillantes, según las ha calificado el señor diputado por Buenos Aires, creo, digo, que lo que se debe hacer en estos instantes es simplemente tomar nota de los argumentos e ideas contrarias que se han desenvuelto en el curso de este debate y resolver lo que en el concepto de la mayoría sea mejor; pero pasar nuevamente a comisión el asunto, dar mayor plazo para su estudio, olvidarse que la ley necesita la sanción del senado, que tiene cierta tendencia instintiva a estudiar con detenimiento estas cuestiones, creo que sería el camino más desacertado que se pudiera escoger en estas circunstancias.

Por estos motivos, haciendo honor a la labor inteligente de la comisión de legislación, y no preocupándome mayormente de las diferencias de opinión, porque esas diferencias son naturales, voy a votar franca, decidida y categóricamente en contra de la proposición formulada por el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Sánchez Sorondo. — Pido la palabra.

Las palabras del señor presidente de la comisión de legislación, doctor Mora y Araujo y las que acabamos de escuchar del señor diputado por la capital, me mueven a pedirle al señor diputado por la provincia de Buenos Aires que modifique su moción en el sentido de que la cámara se constituya en comisión a los efectos de estudiar estos despachos que tiene a su consideración.

El debate lo ha demostrado. Se trata de cuestiones interesantes, fundamentales algunas de ellas, que afectan al régimen constitucional y jurídico de la república, sin olvidar tampoco sus aspectos social y económico, y acaso por su misma magnitud, la discusión se ha planteado en forma un tanto desordenada y confusa.

He de ser franco, señor presidente. Yo me encuentro vacilante, no sobre el camino a seguir, ni sobre el criterio que ha de determinar mi voto, sino en lo que se refiere al método de exposición y discusión. Yo discierno en las

cuestiones que se han traído a la consideración de la cámara cuatro completamente distintas y separables, sin relación alguna de interdependencia, que, por haber sido consideradas conjuntamente, han ocasionado esta difusión y esta diversidad de argumentos, muchos de ellos contradictorios. Y estas cuatro cuestiones, a mi modo de ver, son las siguientes: primero, la que se refiere a las facilidades a dar a la edificación; segundo, las que se refieren a las reformas de orden procesal con relación a la situación de los inquilinos amenazados por desalojo; tercero, la que se refiere a estabilizar las relaciones entre propietarios e inquilinos; y cuarto, la que se refiere a la intervención que se quiere dar al estado para fijar los alquileres.

Estas cuatro materias deberían ser motivo de cuatro proyectos de ley, y hasta las mismas comisiones a las cuales debieran ser destinados son diversas: el primero corresponde a la comisión de presupuesto, los otros a la comisión de legislación. Entiendo, según informes privados de alguno de sus miembros, que esta comisión está estudiando el proyecto que tuvo el honor de presentar a la honorable cámara y el proyecto análogo que presentó la diputación socialista, y que pronto dará su despacho. Los señores diputados me parecen habilitados para considerar inmediatamente la cuestión y dar su voto, y tendríamos así ganado un punto. Creo que no habrá dificultad, ni sobre el poder de legislar atribuido al congreso sobre esta materia, ni sobre la iniciativa que le corresponde a la honorable cámara, ni sobre la conveniencia de hacerlo; exonerar de impuestos a la edificación, dar estímulos a la edificación; construir más casas, es posiblemente un medio eficaz de abaratar los alquileres.

Despachado este primer punto, entraríamos a considerar el segundo; ese pertenece al orden procesal; se trata de modificar los términos de los lanzamientos, y en vez de dar cuarenta días, dar dos o tres meses, o cuatro meses...

Sr. Ferrarotti. — El código civil.

Sr. Sánchez Sorondo. — El código civil, pero de orden procesal.

... dar dos meses, tres, cuatro, seis u ocho meses, o un año o, como creo que proyecta el señor diputado Bas, un año y medio. Se refiere a una situación completamente distinta; se trata del inquilino que es demandado por desalojo, porque no puede pagar los alquileres en la forma en que se los ha subido el propietario; tampoco puede discutirse la facultad de legislar de la cámara, ni la conveniencia de hacerlo; tendríamos, pues, despejada la segunda cuestión.

Tercer punto: estabilizar las relaciones entre el propietario y el inquilino cuando no media contrato escrito, proyecto que ha surgido espontáneamente, me parece, del estudio hecho por la comisión de legislación; tampoco puede discutirse a este respecto la facultad de legislar del congreso; se trata de materias del código civil; por el inciso 11 del artículo 67 de la constitución están reservados a la jurisdicción legislativa. Y, por fin, vamos al nudo de la cuestión, a la verdadera dificultad, a la verdadera llaga: la fijación por parte del estado del máximo del alquiler que un propietario puede pedir por su propiedad. Aquí nos vamos a encontrar completamente en divergencia.

Cuando el señor diputado por Buenos Aires, coronel Pereyra Rozas, presentó su proyecto, yo tuve ocasión de oponerme a que se tratara sobre tablas, y en algunas palabras que pronuncié manifesté que oportunamente daría las razones para pedir que no se votara esa iniciativa. En este punto es donde ha sido más profusa la actividad legislativa.

Los ex diputados doctor Rodolfo Moreno e ingeniero Pedro T. Pagés presentaron un proyecto más o menos dentro de las ideas fundamentales que informan el proyecto del señor diputado Pereyra Rozas; lo mismo el señor diputado Tamborini y entiendo que igualmente los señores diputados Rodeyro y Ferreyra. Aquí sí se discute la facultad del congreso para dictar una ley semejante. Vemos, pues, que este cuar-

to punto es el que verdaderamente introduce la confusión o, por lo menos, es el que verdaderamente nos va a dar trabajo.

No puedo dejar de observar, y no como un reproche, sino como una advertencia para el futuro y siempre en relación al método de trabajo de la cámara, que buena parte de las dificultades con que tropezamos se deben a la anormalidad con que desde el punto de vista reglamentario entramos a considerar el asunto. Aquí no hay un despacho de comisión, hay opiniones de los miembros de esa comisión, que no han podido concordar en la intimidad y en la reserva habituales en este género de asuntos.

De siete miembros hay tres que firman un despacho y dos que firman cada uno de ellos otro, y por las revelaciones históricas que se han traído a esta cámara por nuestros distinguidos colegas de la comisión, resulta que ni siquiera el despacho que lleva tres firmas concentra tres voluntades, puesto que uno de ellos ha firmado pero con salvedades.

Cuando la cámara resolvió tratar este asunto asignándole los caracteres de un despacho, como yo había sido opositor, no quise formular mi observación en esa oportunidad para que no se me tachara de obstruccionista, pero preveía lo que ha acontecido: es decir, que los mismos miembros de la comisión, que con tanto empeño han tratado de dilucidar este asunto, no han podido traer a la cámara la expresión de un pensamiento preciso y categórico. Yo creo, como el señor diputado por la capital y como el señor diputado por Corrientes, que volver a comisión el proyecto no daría resultados prácticos. Hay un deber ineludible con relación a este asunto y es sancionarlo en un sentido o en otro, porque no puede dejarse pendiente de una nueva demora esta expectativa, que está causando graves perjuicios materiales, como se demostrará en el curso del debate.

Por estas consideraciones, que estimo suficientemente atendibles, solicito de mi distinguido colega por la pro-

vincia de Buenos Aires que modifique su moción para que este asunto sea tratado por la cámara en comisión.

Sr. del Valle. — Pido la palabra.

Yo que siempre me he mostrado tan dispuesto a acceder a los pedidos del señor diputado, en este caso no voy a poder hacerlo, porque importaría no estimar en su verdadero valor la argumentación que ha hecho el mismo señor diputado y que yo la interpreto favorablemente a mi indicación. Tan es así, que imitando lo que el señor diputado hiciera en otra sesión en un incidente, en que manifestaba que podía subscribir mis palabras, yo en este caso, señor presidente, pediría que toda la argumentación que ha hecho el señor diputado fuera agregada a los fundamentos que yo dí para pedir que este asunto vuelva a comisión.

Sr. Sánchez Sorondo. — Y yo se lo concedo con la misma buena voluntad.

Sr. Ortíz. — Pido la palabra.

Estimo que el señor diputado por Buenos Aires ha expuesto exactamente cuáles son las cuatro fases del importante asunto que se debate. Entiendo, y en esto coincido con el señor diputado del Valle, por la provincia de Buenos Aires, que algunos de esos puntos contienen tales dificultades para su resolución que se han demostrado por las diversas opiniones que hemos escuchado y por las que en otra forma conocemos, que evidentemente habría conveniencia en cuanto a la legislación de fondo de que este asunto fuera estudiado con la debida detención, ya que la comisión ha demostrado que no le es posible aunar opiniones sobre él. Entiendo que es impostergable la resolución de la cámara en cuanto se refiere a estas disposiciones que tienden a dar estabilidad a los contratos, al derecho procesal, que conceden mayor plazo para los desalojos, así como alguna otra que tendré oportunidad de proponer en el curso del debate, como es la prohibición inmediata de sublocación en lo que se refiere a casas de inquilinato.

Con respecto a estas primeras fases de la cuestión creo que la cámara no puede postergar esta cuestión a la al-

tura a que ha llegado el debate y la expectativa que ha causado en la opinión pública.

Posiblemente, algunos efectos de esta legislación previstos por algunos propietarios diligentes ya se sienten, y el postergar la solución o la consideración de algunas soluciones propuestas valdría agravar la situación actual.

En resumen: no he de votar la moción de aplazamiento si se plantea como que todos los asuntos vuelvan a comisión, y sí la he de votar si se refiere a puntos de legislación de fondo, esto es, aquellos medios que se proponen para fomentar la edificación, o de orden fiscal y legal como prohibición de constitución de *trusts* o asociaciones que alteren los precios de los materiales de construcción y los que se refieren a exención de impuesto de edificación, etcétera.

Varios señores diputados. — No hay despacho.

Sr. Ortíz. — Pero pueden proponerse en el curso de la discusión.

Por ejemplo, en el proyecto del señor diputado Bas hay uno de los artículos que propone, en lo relativo al régimen fiscal para las propiedades que retribuyen más de un tanto por ciento de interés, según la valuación. Sobre esos dos puntos votaré si se propone en su oportunidad una moción de aplazamiento; sobre la primera cuestión: estabilidad de los contratos, prohibición del arrendamiento y mayor plazo para el desalojo, entiendo que la solución es impostergable y debe solucionarse en un sentido o en otro inmediatamente.

Nada más.

Sr. de Tomaso. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — La había solicitado el señor diputado por la capital, doctor Dickmann.

Sr. Dickmann. — Se la cedo al señor diputado, miembro de la comisión.

Sr. de Tomaso. — Para decir, señor presidente, como miembro de la comisión, que por lo que a nosotros respecta no alcanzo el objeto de la moción del señor diputado por la provincia de Buenos Aires.

No es exacto, y rectifico las palabras del señor diputado Sánchez Sorondo, que nosotros no hayamos traído al debate la expresión de un pensamiento preciso y categórico.

Sr. Sánchez Sorondo. — No han traído un despacho de comisión.

Sr. de Tomaso.—La comisión, en cuyo seno se ha estudiado y debatido, y debatido el asunto, recalco, en forma mucho más extensa que la que pueden suponer los señores diputados y en forma no siempre tranquila, ha traído el pensamiento que podía traer. No hemos podido poner al pie de uno de los despachos, artificialmente, firmas que no se agrupaban en forma espontánea y por convicción propia. Hay un despacho a cuyo pie van tres firmas, que puede servir de eje a la discusión. Más aun: la discusión puede tener como eje cualquiera de los despachos que la cámara quiera.

Sr. Sánchez Sorondo. — Reglamentariamente, no.

Sr. de Tomaso. — El señor diputado acaba de proponer una fórmula que haría posible lo que yo digo. Yo estoy combatiendo la moción del señor diputado del Valle y no la del señor diputado.

Sr. Rodeyro. — Pero estaremos de acuerdo en todo lo que sea tendiente a que de inmediato se haga la discusión del asunto.

Sr. de Tomaso.—La vuelta del asunto a comisión no tendría, pues, para nosotros significado alguno, a menos que la cámara resolviera expresamente que la comisión de legislación se ocupara de lo que yo he llamado, para darle alguna calificación, el aspecto fiscal y financiero de la cuestión. Si la comisión de legislación tuviera que ponerse ahora a estudiar y a opinar sobre lo relativo a las medidas impositivas y sobre la construcción de casas por acción del estado, ese sería un aspecto nuevo para nosotros, porque sobre ese aspecto no hemos querido hacer discusión, debido a que había ciertas diferencias, en cierto modo irreconciliables e irreductibles, y porque había proyectos, como los que ha enume-

rado el señor diputado por Buenos Aires, en la comisión de presupuesto, y respecto de los cuales pensábamos que esa comisión, preocupada como nosotros de este asunto, traería a su hora, probablemente al mismo tiempo y juntamente con nosotros, su pensamiento en forma de despacho.

¿Qué podría pasar en la comisión de legislación si vuelve a ella este asunto? ¿Qué yo me ponga de acuerdo con el señor diputado Maidana? Es absolutamente imposible (*risas*), por una razón muy sencilla: porque el señor diputado mira el asunto bajo otra luz, como él ha tenido oportunidad de explicarlo. Yo no quiero discutir ahora, porque no es el caso, su punto de vista, pero no podemos ponernos de acuerdo personas que sobre el problema a estudiar y resolver tenemos orientaciones diametralmente opuestas. El habla de una construcción de casas a hacerse con el dinero que el poder ejecutivo ha recaudado en virtud de la última ley sobre exportación de trigo, que le hemos dado. Yo no creo en ese medio, mucho más cuando el rendimiento que ha obtenido el poder ejecutivo con esa ley es menor del que esperaba y cuando ese dinero ha de ser dedicado, como dijo aquí en su hora el poder ejecutivo, a otra forma de abaratamiento de la vida: a regalar pan y harina.

Sr. Maidana.—Esperemos la palabra del señor ministro.

Sr. de Tomaso. — Pero aún así, el señor diputado cree en esa construcción de casas por acción fiscal. Sin dejar de estar dispuesto a votar una acción que me parezca más eficaz en ese sentido, queda siempre esta diferencia: que al señor diputado le han parecido una enormidad todas las medidas de orden legal y jurídico que nosotros hemos creído necesario adoptar. No hay, pues, posibilidad de concordar.

Sr. Maidana. — El señor diputado está de acuerdo conmigo, en el fondo. Porque yo resuelvo todas las cuestiones sin hacer pedazos el código civil y la constitución.

Sr. de Tomaso. — Absolutamente.

Sr. Maidana. — Tiene que venir conmigo el señor diputado. (*Risas*).

Sr. de Tomaso. — El código civil se puede hacer pedazos siempre que se trate de crear relaciones de derecho que interesen a la clase propietaria, pero el código civil no se puede tocar en una sola coma cuando se trata de proteger a los inquilinos! (*Aplausos*).

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Hago notar al señor diputado que están prohibidos los diálogos, y le ruego se dirija a la presidencia.

Sr. de Tomaso. — Bien, señor presidente.

Hemos concordado con el señor diputado Bas en lo que es posible, puesto que una gran parte de su despacho personal es exactamente, en cuanto a su fondo, el nuestro. La primera parte del despacho del señor diputado es exactamente el primer despacho de lo que yo llamo la mayoría de la comisión. Diferimos en cuanto al término: él habla de un año y medio y seis meses, y nosotros hablamos de dos años y dos meses, comprendiendo el tiempo que se da para el desalojo. Las mismas medidas procesales que él establece son, con leves modificaciones de detalle, las mismas que establecemos nosotros en nuestro segundo despacho: diferimos en cuanto no hay en nuestro despacho medidas relativas a la construcción de casas y porque en la comisión no hemos querido aceptar, sobre todo yo, su punto de vista. No he querido aceptarlo en la comisión, no estoy dispuesto a aceptarlo en la cámara, porque me parece un criterio fundamentalmente equivocado que se aumente la tasa de la contribución territorial en la capital federal, cobrándola en otra forma, para dar plata a la comisión nacional de casas baratas a fin de que haga casas para vigilantes y bomberos.

Pero concordamos en muchas cosas y la concordancia ya está establecida en la firma de los despachos que tiene la honorable cámara a su consideración. Yo comprendería la moción del señor diputado del Valle, me parecería por lo menos más clara, si ella tendiera a enviar estos despachos a la comisión de

presupuesto. Pero no tenemos que hacer ahora conjuntamente nada con la comisión de presupuesto, puesto que no hemos realizado conjuntamente la tarea desde el principio. Dije ayer que me hubiera parecido oportuno que al iniciar el estudio de la cuestión se hubieran reunido las dos comisiones para estudiar en globo y conjuntamente la cuestión en todos sus aspectos; pero no ha sido ese el camino seguido, debido a la forma inconducente e ineficaz en que ahora se realiza la labor de las comisiones en virtud de la célebre reforma del reglamento en materia de comisiones, y a esta altura de la discusión es imposible remediar eso. La vuelta a la comisión me parece inconducente cuando hay un trabajo concluido y después que se ha iniciado la discusión en general. Yo declaro que como miembro de la comisión de legislación general — y creo que interpreto el pensamiento de los diputados que han puesto su firma al pie de los despachos — me sentiría molesto y ofendido con una actitud de la cámara de esa naturaleza.

El señor diputado Sánchez Sorondo hablaba de la ordenación del trabajo en los diversos puntos que abarcan esos despachos, a los efectos de facilitar la discusión de la cámara reunida en comisión. ¡Pero si esa ordenación está hecha por los despachos mismos! Nuestro primer proyecto se refiere deliberadamente tan sólo a la reforma del código civil. Los señores diputados conservadores pueden rechazarlo en bloque. El segundo despacho se refiere en tres de sus artículos a medidas de orden procesal relativas a los desalojos y a los lanzamientos.

—El señor diputado Sánchez Sorondo pronuncia algunas palabras en voz baja.

¡Va a resultar ahora que no sé lo que he firmado!

Sr. Sánchez Sorondo. — No pretendo tanto; pero ante la afirmación categórica que hace el señor diputado, le voy a contestar con su propio despacho.

Sr. de Tomaso. — Y hay un artículo final, el que se refiere a la inmovilización, digamos así, durante cierto tiempo del monto actual de los alquileres, que por ser final puede discutirse separadamente de los otros como una cuestión aparte, respecto de la cual cada uno de los señores diputados puede adoptar la actitud que juzgue pertinente.

Prácticamente, pues, puede tomarse como base de la discusión el proyecto firmado por los tres miembros de la comisión. Y si además se quisiera considerar el aspecto fiscal, ahí está uno de los artículos del proyecto del señor diputado Bas, al cual yo he prometido ayer, a nombre personal, mi apoyo si llegaba a presentarse como un agregado a nuestro proyecto, o en cualquier otra forma, en el seno de la cámara.

Lo que hay es otra cosa. Y he de decir lo que siento con verdadera franqueza, porque no creo que la cortesía que nos debemos y que en la medida de lo posible conviene observar no solamente por comodidad personal sino hasta para la buena marcha de los debates, pueda llegar hasta el punto de una simulación que nos obligue a ocultar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Lo que hay, me parece, en el fondo de todo esto es que la reforma o los despachos que se han proyectado chocan fuertemente a alguno o a muchos, quizás, de los señores diputados.

Sr. Maidana. — ¡A mí no, señor diputado!

Sr. Sánchez Sorondo. — En cuanto a mí no he hecho misterios; desde el primer momento me he manifestado en contra.

Sr. de Tomaso. — Yo no hago cargo personal al señor diputado. Me parece muy bien que combata los despachos si los cree malos. Pero el señor diputado es lógico puesto que quiere que sigamos la discusión.

Estoy hablando en abstracto; cada uno sabe en la cámara lo que quiere y sabrá, por lo tanto, lo que yo quiero decir y a quién van dirigidas mis palabras.

Sr. del Valle. — ¡Es a mí, señor diputado, por ser el autor de la moción?

Sr. de Tomaso. — Van también para el señor diputado mis palabras...

Sr. del Valle. — ¡Protesto en absoluto, señor presidente, si el señor diputado atribuye a otros móviles mi conducta que los que me corresponden como miembro de esta cámara y como hombre honorable! No soy propietario; no tengo interés directo de ninguna especie en este asunto y no me mueve otro interés que el del pueblo, consultado racional y justamente. No quiero que se sancione una ley que no dé los resultados que todos anhelamos.

Sr. Maidana. — Yo acompaño también al señor diputado en su protesta.

Sr. del Valle. — De manera que no admito esa alusión del señor diputado. ¡Es una falta de consideración y un ataque a la inmunidad de mi pensamiento que el señor diputado deslice veladamente insinuaciones indecorosas, que no puedo aceptar. (*Aplausos*).

Sr. de Tomaso. — Yo no ataco la inmunidad del pensamiento de nadie ni violo el privilegio parlamentario cuando digo que ciertas medidas que se proponen obedecen, o pueden obedecer, en mi manera de pensar, a determinados sentimientos. El señor diputado no comete ninguna acción indecorosa si combate estos proyectos desde su punto de vista conservador, socialmente hablando. Será conservador, pero no será indecoroso!

Sr. del Valle. — ¡Absolutamente! No tengo más móvil que buscar la justicia y la equidad en las resoluciones de la cámara. Y la prueba está en que yo he presentado un proyecto, de un sólo artículo, que tiende precisamente a contener la avaricia y la insensatez de los propietarios que abusan de la situación.

Sr. de Tomaso. — El pensamiento que está en el fondo de su proyecto se contempla, señor diputado, en forma mucho más amplia y permanente por uno de los artículos del despacho de la mayoría de la comisión. Y el señor diputado ha hablado despectivamente de esos despachos...

Sr. del Valle. — No es exacto: he empezado por rendirles homenaje. ¡Está faltando a la verdad!

Sr. de Tomaso. — ¡No estoy faltando a la verdad!

Sr. del Valle. — ¡Es inexacto!

Sr. de Tomaso. — Ese homenaje ha sido puramente superficial y pro forma

Sr. del Valle. — El señor diputado tiene el don de la interpretación en todo...

Sr. de Tomaso. — En este asunto de los alquileres he podido observar en estos últimos tiempos una situación muy curiosa de parte de muchas personas, dentro y fuera de la cámara. Se ha gritado, se ha hablado, se han asumido toda clase de actitudes, y ahora se propone postergar el asunto, en el momento en que se trata de llegar a una solución aunque no sea total y definitiva. ¡Ahora que se trata de llegar a una solución empiezan las dificultades, las dudas, los temores!

Yo no me opongo a que cada uno de los señores diputados oponga pública y francamente, en nombre de los intereses y los principios que quiera sostener y confesar, toda la resistencia que se le ocurra contra cada uno de los artículos de nuestros despachos. Para eso está la cámara, para que esa resistencia se ponga de manifiesto; para que se entreechoquen los sentimientos y los intereses y para que haya una resultante en cualquier sentido. El pueblo sabrá apreciar afuera el significado de esa resultante, pero la discusión ha de hacerse y ha de hacerse con amplia libertad de pensamiento y de tiempo; ha de hacerse ahora, porque estamos en ella, sin más compases de espera y sin esperar tampoco que un nuevo retraso — suponiendo que después de esta vuelta a comisión continuáramos hablando todavía de la cuestión de alquileres, — vaya a iluminar nuestros espíritus con luces que no hayamos visto antes o vaya a plantear a la conciencia de la cámara soluciones que no se nos ocurran en este momento.

Continuemos, pues, la discusión a fin de que salga de esta cámara el pensamiento y el sentimiento colectivo: que salga, o una aprobación de nuestros

proyectos en su totalidad o con modificaciones, o su rechazo! Pero lo que es inconducente, lo que nadie podrá comprender, es esta postergación que no tendría prácticamente ninguna finalidad efectiva si no habría de tener la otra que nos sería duramente reprochada, la de enterrar de una manera definitiva esta cuestión de los alquileres, que tiene, lo reconozco, algunos aspectos espinosos, difísiles y desagradables, pero que es necesario afrontar precisamente porque somos diputados!. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Sánchez Sorondo. — Pido la palabra para una breve rectificación.

Sr. Rodeyro. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — La había pedido antes el señor diputado por la capital.

Sr. Sánchez Sorondo. — ¿Me permite una breve aclaración el señor diputado Dickmann?

Sr. Dickmann. — ¡No le permito! (*Risas*).

En los trajes parlamentarios, señor presidente, he perdido en cierta manera la facultad de asombrarme. Sé que en los debates del congreso suceden con frecuencia las cosas más inesperadas; sin embargo, ante la proposición del señor diputado por Buenos Aires, he recuperado mi facultad de asombrarme y ¡asómbrense los señores diputados!: estoy asombrado... (*Risas*).

Revisando la orden del día número 17 que está en nuestro poder, me encuentro con que gran parte de los proyectos presentados sobre alquileres es de iniciativa de diputados radicales. Un proyecto del señor diputado Tamborini, presidente del comité de la capital...

Sr. Sánchez Sorondo. — Otro del ex diputado doctor Rodolfo Moreno (hijo).

Sr. Dickmann. — ...otro del señor diputado Ferreyra, persona influyente en el seno de su partido; otro proyecto del señor diputado Víctor M. Molina, a quien se le ha calificado como *leader*, lo que motivó una protesta del señor diputado del Valle. (*Risas*).

Sr. del Valle — ¿Cuándo, señor diputado?

Sr. Dickmann. — Otro proyecto del señor diputado Delfor del Valle; otro proyecto del señor diputado Pereyra Rozas, a quien yo califico como nuevo *leader* del partido radical... (*Risas*).

Sr. del Valle. — ¿Cómo nos vamos a entender?

Sr. Dickmann. — ...otro proyecto del señor diputado Rodeyro, cuyo discurso hemos aplaudido hoy por avanzado...

Sr. Rodeyro. — Muchísimas gracias.

Sr. Dickmann. — Y por último los proyectos de los señores diputados Rodolfo Moreno y Pedro T. Pagés, conservadores de forma y de fondo. (*Risas*)

Hay, pues, para todos los gustos. Los despachos de la comisión tienen también igual diversidad de opiniones; vienen a ser como los proyectos y cómo está ahora la opinión de la honorable cámara. En plena discusión, en lo mejor de la discusión, cuando hemos conseguido la presencia del poder ejecutivo en el recinto, que da importancia y significado al debate, se nos presenta la moción de volver el asunto a comisión. No nos engañemos, señores diputados; sabemos lo que significa la vuelta a comisión: aplazar *sine die* la consideración del asunto.

Sr. del Valle. — He perdido el emplazamiento, señor diputado.

Sr. Dickmann. — El emplazamiento lo hemos hecho ya varias veces; se han pronunciado discursos altisonantes y vehementes pidiendo el pronto despacho de estos proyectos y la comisión nos lo ha prometido y nos lo ha traído. Ya lo tenemos. Entonces, pues, no es el deseo de mayor estudio lo que hay de por medio; es simplemente la indecisión, es en cierta medida el temor de afrontar un debate y una resolución, sobre asuntos de esta naturaleza.

Sr. Maidana. — ¡Nadie puede tener temor!

Sr. Dickmann. — Señores diputados: Hace ya tres meses que sesionamos, y hemos de confesar que aun no hemos sancionado nada importante, salvo alguna que otra medida de emergencia o de urgencia y que en la práctica han fracasado. Se ha prometido dar pan barato al pueblo y el pan vale más que

nunca; se ha prometido dar azúcar barato al pueblo, y el azúcar vale más que nunca (*risas*); se ha prometido muchas cosas y no hemos cumplido, por no saberlo o no quererlo o por no poderlo.

Este asunto de los alquileres golpea hace tiempo las puertas del parlamento. No es un problema nuevo. Es un viejísimo y gravísimo problema argentino, que todos los hombres públicos y no públicos deben conocer al dedillo. La comisión nos trae un despacho moderadísimo, que apenas legisla sobre una relación nueva entre locadores y locatarios, que apenas da alguna defensa a los inquilinos, que a causa de la guerra han visto reagrada su situación frente a los propietarios. Y todos queremos casa barata, todos la queremos con mucho aire, con mucha luz, con mucho sol, todos, hasta el mismo señor diputado Maidana, queremos casa barata, nueva y cómoda.

Sr. Maidana. — Para el pueblo.

Sr. Dickmann. — Para el pueblo... Hasta el señor diputado la quiere. (*Risas*). Pero cuando se trata de resolver un pequeñísimo problema, una relación necesaria, urgente, que existe en otras partes del mundo, retrocedemos ante el temor...

Sr. Maidana. — No retrocedemos, señor diputado.

Sr. Dickmann. — ... ante el temor de la opinión de los propietarios. Esa es la pura verdad.

Acepto y apoyo la indicación del señor diputado por Buenos Aires, doctor Sánchez Sorondo. Me parece un medio de salir de este atolladero, constituirnos en comisión. La cámara tendrá así más amplitud de debate, se podrán formular despachos dentro del mismo recinto; y una vez que la cámara resuelva cerrar su sesión en comisión, tendremos despachos, sean los mismos de la comisión de legislación u otros modificados o nuevos.

No nos asustemos, señores diputados, porque el debate pueda ser largo. He dicho que en tres meses no hemos resuelto nada, y ahora estamos ante un asunto muy importante. Si discutimos una o dos semanas, habrá valido la pe-

na, porque se trata de nuevas relaciones entre propietarios e inquilinos, de nuevas ideas, de nuevos conceptos sobre la propiedad; es una brecha que se abre al viejo código de Vélez. Todo eso vale la pena de ser discutido. Hemos discutido dos días solamente, y en esta sesión ya hemos visto manifestarse a varios diputados fastidiados y molestados por la larga discusión, cuando no los hemos visto fastidiados ni molestados ante una discusión sobre acefalía presidencial, que por más importancia que se le ha querido dar, no la tiene.

Sr. Fernández (J.) — Si se refiere a mí el señor diputado, debo decirle que no me he mostrado fastidiado. Creo que es prudente acortar dentro de lo posible los discursos.

Sr. Dickmann. — No se moleste el señor diputado.

Sr. Fernández (J.) — No me molesto; rectifico simplemente.

Sr. Dickmann. — El señor diputado ha protestado.

Sr. Fernández (J.) — No hablo como el señor diputado que siempre parece que protesta.

Sr. Dickmann — No protesto; digo con valor y vigor lo que pienso y siento.

Sr. Fernández (J.) — Muy bien, lo felicito.

Sr. Dickmann. — Digo a los señores diputados que el debate sobre acefalía que hemos presenciado y que ha durado mucho tiempo, y al que no quiero quitarle ni agregarle importancia, en realidad no la tiene. Y voy a manifestar esta mi opinión: desearía que nunca tuviera aplicación la ley de acefalía; si fuera creyente desearía que la Providencia le dé larga vida a don Hipólito, para que ningún ministro suyo le suceda en la presidencia. (*Hilaridad*).

Entonces, pues, es necesario no asustarse ante la discusión. Vamos a dilucidar el problema en toda su amplitud y complejidad. Hay muchos intereses involucrados en él, se han expuesto muchas ideas, muchos puntos de vista, y hay que tener presente que antes de que alguno de estos proyectos se convierta en ley va a pasar algún tiempo, porque todavía tenemos señores dipu-

tados, y no es en son de molestar a nadie, la carreta del senado. (*Risas*). Ahí el asunto pasará por un tamiz muy conservador. Así que de todas maneras estas ideas no se convertirán de primera intención en ley desgraciadamente.

Por todas estas razones me opongo a la moción formulada por el señor diputado del Valle y apoyo decididamente, porque dá más amplitud al debate, la moción del señor diputado por la provincia de Buenos Aires, doctor Sánchez Sorondo, para que la honorable cámara se constituya en comisión.

Sr. Sánchez Sorondo. — Pido la palabra.

Parece, señor presidente, que este proyecto de alquileres tuviera la virtud específica de irritar y acalorar los ánimos, naturalmente serenos, de los señores diputados socialistas. Hemos visto que el señor diputado Dickmann no me ha permitido, terminantemente, usar de la palabra para una breve rectificación, él que habitualmente es tan amable conmigo, habiendo tenido la gentileza...

Sr. Dickmann. — Muchas gracias; en otras circunstancias seré, tal vez, más amable todavía con el señor diputado. (*Risas*).

Sr. Sánchez Sorondo. — Hasta por ahí (*Risas*).

Decía que el señor diputado había tenido la gentileza de enviarme, a mi pedido, unos interesantísimos libros que acaba de escribir sobre cuestiones sociales.

He visto también que el señor diputado Dickmann acaba de malograr esa alianza radical-socialista que preconizaba el otro día, tendiendo un arco iris entre los dos extremos del electorado de la capital, achacando a la mayoría de esta cámara algunos procedimientos o algunas intenciones en los procedimientos que yo, a pesar de ser su adversario, no comparto con el señor diputado.

Sr. Dickmann. — Precisamente por esa opinión que he manifestado...

Sr. Sánchez Sorondo. — ¿Y si yo le dijera al señor diputado que no le permito que me interrumpa? (*Risas*).

Sr. Dickmann. — No le he pedido permiso.

Sr. Sánchez Sorondo. — Sin embargo, le permito la interrupción.

Sr. Dickmann. — Por esa opinión de concordancia que he manifestado, tengo más derecho y deber de decir a la mayoría lo que le he dicho.

Sr. Sánchez Sorondo. — Porque te quiero te aporreo. (*Risas*).

Hemos visto también que el señor diputado de Tomaso se ha manifestado irritado porque yo he dicho, repitiendo su propia historia, que la comisión de legislación no había traído un despacho preciso y categórico. Y digo repitiendo su propia historia, porque de la interesantísima exposición que hizo en la sesión de ayer el señor diputado de Tomaso, resulta claro hasta la evidencia que estos despachos se compenetran y se invaden.

El señor diputado ha dicho que en el despacho de la mayoría hay ideas de los miembros de la minoría y que en el despacho de la minoría hay ideas de los miembros de la mayoría, y esto en cuatro despachos. De tal manera que, habiendo cuatro despacho, y no habiendo cuatro firmas en ningún despacho, no hay despacho.

Sr. de Tomaso. — ¿Me permite el señor diputado?...

Cuando yo hablaba de despachos de la mayoría y de la minoría, hablaba de nuestros despachos y del despacho del señor diputado Bas.

Sr. Sánchez Sorondo. — Efectivamente; a eso me estoy refiriendo.

De manera que, por haber cuatro despachos, o sea exceso de despachos, no hay ninguno, como resulta — decía yo ayer al señor diputado Rodeyro — de la simple aplicación de la aritmética a este derecho parlamentario. Siete diputados forman la comisión; la mayoría de la comisión son cuatro; no hay ningún despacho con cuatro firmas; luego, no hay despacho de comisión.

Sr. Rodeyro. — Luego, los propietarios siguen subiendo los alquileres, y el pueblo no tiene la solución del asunto.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Hay despacho de comisión, señor diputado. No hay necesidad de mayoría absoluta.

Sr. Rodeyro. — La cuestión aritmética está bien hecha; la consecuencia está mal sacada.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se van a leer los artículos del reglamento.

—Se lee:

Artículo 78. — Toda comisión, después de considerar un asunto y convenir en los puntos de su dictamen, acordará si el informe a la cámara ha de ser verbal o escrito, designando el miembro que deba redactar el informe, en su caso, y el que haya de sostener la discusión.

Art. 79. — Si las opiniones de los miembros de una comisión se encontrasen divididas, la minoría tendrá el derecho de presentar a la cámara su dictamen verbal o escrito y sostenerlo en la discusión.

Sr. Sánchez Sorondo. — Pero, señor para que haya minoría, es necesario que haya mayoría, y no hay mayoría.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Mayorías y minorías relativas, señor diputado. Esa es la práctica parlamentaria.

Sr. de Tomaso. — Puede haber dos minorías, y dividirse la comisión en tres grupos.

Sr. Sánchez Sorondo. — No hay despacho; esta interpretación del señor presidente es una interpretación novelesca.

Sr. de Tomaso. — Lo que yo he querido decir es esto: haya o no haya despacho, el que está impreso es el pensamiento de la comisión de legislación, y la vuelta del asunto a ella no va a cambiar esta situación...

Sr. Sánchez Sorondo. — Esa es otra cuestión.

Sr. de Tomaso. — ...a menos que alguno de los diputados que han presentado despacho aislado, por su cuenta, como el señor diputado Avellaneda y como el señor diputado Maidana, manifiesten que adhieren a cualquiera de los otros dos. Pero como eso no va a suceder...

Sr. Sánchez Sorondo. — Tengo la palabra. Veo que se van a engranar las interrupciones.

Sr. de Tomaso. — No he interrumpido en forma molesta al señor diputado.

Sr. Sánchez Sorondo. — Esa, digo, es otra cuestión; estoy rectificando alguna de las rectificaciones que me ha querido hacer el señor diputado, porque me parece que todos debemos cuidar la seriedad de nuestras afirmaciones ante la cámara. También tengo que rectificar esta otra rectificación: el señor diputado de Tomaso sostenía que, en los despachos que la comisión había presentado a la consideración de la cámara, estaban ordenadas las cuestiones que yo he enunciado; está equivocado el señor diputado; desde luego le hago notar otra irregularidad que hay en este asunto: que estamos discutiendo en general dos despachos y un despacho de la minoría, y en realidad no sabemos si existe alguno. Se han puesto en discusión en general dos despachos a la vez, que tratan de dos materias completamente distintas; y tan es así que el señor diputado por Corrientes, doctor Mora y Araujo, ha informado los dos, y el señor diputado de Tomaso ha informado los dos, siendo así que son completamente diversos. Otro caso más de confusión en la discusión.

Sr. de Tomaso. — No íbamos a hacer dos discursos para hablar sobre la cuestión de los alquileres en general al tratar el segundo despacho y el primero.

Sr. Sánchez Sorondo. — Lo que debían hacer es asunto que, realmente, no me corresponde a mí resolver.

Tampoco está en lo cierto el señor diputado de Tomaso cuando afirma que en el segundo de los despachos sólo se trata de cuestiones de orden procesal.

Sr. de Tomaso. — Principalmente, he dicho. Y me he referido expresamente al artículo 6.º, que es el último o penúltimo.

Sr. Sánchez Sorondo. — Me iba a referir a la observación fundamental que me ha hecho el señor diputado por Córdoba, doctor Martínez, sobre el artículo 6.º y sobre el artículo 1.º Allí no se trata de modificaciones de orden procesal; allí se trata de modificaciones al código civil, y niego que desde el punto de vista en que la comisión contem-

pla estos despachos tenga jurisdicción el congreso para realizarlas. Excuso, señor presidente, consideraciones de otro orden, pero me parece que lo que estamos presenciando demuestra hasta la saciedad que es conveniente que la cámara se constituya en comisión. El régimen de la discusión en comisión es mucho más libre que el de la discusión en sesión, no se limita el uso de la palabra, ni es obligatorio tener como base despacho alguno. En esa forma podremos proveer a la sanción que de todos esperamos y descamos.

Sr. Rodeyro. — Pido la palabra.

Como miembro de la comisión no puede dejar pasar en silencio la moción formulada por el señor diputado del Valle, y no puedo hacerlo por cuanto ella viene a concordar con lo que hace breves momentos acabé de exponer en una deshilvanada exposición de mi pensamiento frente al problema de los alquileres.

Decía: no nos asustemos ante la posibilidad de entrar de lleno a la discusión de los problemas que se agitan alrededor de nuestros códigos. No tengamos temor, no pensemos que en la comisión haya anarquía. Esta situación de hecho en la comisión es la situación en la cual se han de encontrar todas las comisiones, cuando los hombres que vayan a ella vayan firmemente resueltos a hacer triunfar sus ideas en la medida de sus convicciones y con la fuerza de sus argumentos, sin que esto implique renunciamentos, para poder traer concordancias al debate, en vez de facilitarlo haciendo aparecer a los hombres como inconsecuentes. Hay que aceptar el debate tal cual se presenta, porque en las comisiones no todos han de estar de acuerdo. Hay diversos sectores en la cámara políticamente y doctrinariamente considerados, porque si es posible la concordancia de los diputados, cualquiera sea el sector en que se sienten, como lo he dicho en más de una ocasión, en materia doctrinaria, esa división doctrinaria hace la posibilidad de que cuando en el seno de la comisión se debaten cuestiones de esta naturaleza, en la cual la teoría encuentra arraigo en el convencimiento de

cualquier diputado y no permite la transacción que facilite su ubicación en la forma de un despacho determinado, la cámara se encuentre en la necesidad de demostrar su valentía como cuerpo colegiado responsable, aceptando la discusión en la plenitud que sea necesaria, sin volver hacia atrás ni un solo paso, cuando la mano extorsiva del propietario aprieta, aprieta como garra en el cuello del inquilino, con una presión que no tiene tiempo de parar. (*Aplausos*).

No pretendo, señores diputados, hacer figuras patéticas para impresionarlos: conozco, sin que esto implique una ofensa, el grado de emotividad en que cada uno puede exaltarse ante la frase más o menos expresiva; no nos vamos a engañar los unos a los otros. Todos nos conocemos; sabemos en qué terreno doctrinario militamos, y cualquier proyecto pone a flor de discusión nuestras ideas y pensamientos. En buena hora sea, señor presidente, porque so pena de mayor abundamiento de doctrina, so pena de concordancia a base de multiplicidad de problemas, se quiere retrotraer este asunto para presentarnos ante el país como temerosos a nosotros, hombres jóvenes, que venimos a trabajar y que tenemos la obligación de conocer la legislación de nuestro país y que tenemos la responsabilidad de nuestra obra parlamentaria, dando un paso atrás cuando el pueblo tiene la vista fija en nosotros, y cuando, como lo ha dicho muy bien el señor diputado Dickmann, tenemos la carreta del senado, que coloca todo en un cervidor de tranquilidad, queriendo tapan el mundo con un harnero... (*Aplausos*).

No, señor presidente, como miembro de la comisión, no puedo aceptar esa moción. No la puedo aceptar hasta que una efectividad del voto de la cámara me lo anuncie. No me sentiré desairado por ello, porque acepto el puesto que me han dado en la comisión de legislación, y cualesquiera sean las incidencias he de permanecer en ella para que toda la plenitud de mis convencimientos se aplique al estudio de las cuestiones en que tenga que intervenir. Afronto el trabajo, mucho o poco, como él venga; conozco el significado de la res-

pensabilidad y sé de actitudes definidas; y por esas actitudes y esas responsabilidades y por el horror que me inspira la deprimente actitud de los propietarios, es que quiero dejar constancia de que en mi espíritu joven se subleva ante la duda de que no seamos capaces y que no estemos preparados para resolver el problema planteado al parlamento. (*Aplausos*).

Sr. Bas. — Pido la palabra.

Sr. Pereyra Rozas. — ¿Me permite una breve interrupción?

Sr. Bas. — Con mucho gusto.

Sr. Pereyra Rozas. — En el temor de que la sesión se levante por una moción en ese sentido, no quiero dejar vivo en el Diario de Sesiones el halago gentil del señor diputado Dickmann.

La cámara no necesita que yo diga esto; pero el Diario de Sesiones se lee afuera y alguien que no me conozca creerá que yo acepto la caricia de ese halago como una convicción.

Soy muy modesto, el más modesto del grupo y el de mentalidad más humilde y aceptarlo aquí sería una arrogancia censurable y dejarlo en el Diario de Sesiones sería más que eso.

Lo agradezco; pero no lo acepto porque no lo merezco.

Nada más.

Sr. Bas. — No voy a detener a la cámara sino breves instantes para pronunciar algunas palabras a fin de expresar mi disentimiento con todo lo que significa retardar la sanción de este asunto y por consiguiente que vuelva a comisión.

Por mi parte, señor presidente, este debate ha arraigado más mi convicción sobre todo por que he tenido la suerte de tener el ataque de dos bandos al parecer opuestos en esta cuestión.

El señor diputado Maidana decía: suscribiría sus palabras; el señor diputado Rodeyro, decía: es un hábil parlamentario, expresa conceptos al parecer favorables para los inquilinos, pero cuando se trata de definiciones el señor diputado titubea.

Esto me revela, señor presidente, que me encuentro en el justo medio que por regla general es la verdad; esto me sa-

tisface y me erco en condiciones de votar el asunto, y por eso deseo tratarlo derechamente.

Nada más.

Sr. Ferreyra. — Pido la palabra.

Me explico acabadamente la moción del señor diputado del Valle, y me la explico sin que yo sea partidario de que este asunto pase a comisión, por la serie de despachos que ha habido.

Se trata de modificar la legislación de fondo y de forma, principalmente la de fondo. La cámara ha estado acostumbrada a que cuando se trata de tocar la legislación de fondo, el pensamiento uniforme de una comisión alivie el trabajo a la cámara, porque esa comisión, estudiando con reposo el asunto, contempla todas las situaciones y le presenta un dictamen a la cámara. Ahora se trata de modificar la legislación de fondo y de forma y nos encontramos no solamente con que hay tres despachos completamente distintos, además de la opinión del señor diputado Avellaneda que viene en la orden del día, sino también con el discurso de los señores miembros de la comisión, que han llegado en ellos a sentar principios de carácter tan revolucionario que uno no se explica cómo no han firmado ciertos proyectos presentados a la cámara, y he ahí que el señor diputado del Valle se encuentra en la situación de muchos diputados, que no vienen con un espíritu preconcebido a defender determinada solución, sino que quieren que la comisión les dé un despacho para poder en parte remediar la situación por que atraviesan los inquilinos en la capital federal, sin afectar los verdaderos intereses de los propietarios.

Creo que la cámara no debe entregarse a nuevas discusiones y que cada uno de los señores diputados debe poner de su parte lo que yo por la mía, que he renunciado a los derechos de autor, podría decir, y he permanecido en silencio en este debate, creyendo que lo más conveniente era esperar que la honorable cámara procediera a votar cualquier proyecto de la comisión (que pudiera ser el que firman los señores diputados Mora y Araujo, de

Tomaso y Rodeyro) para poder de una vez por todas dar una solución, aunque no muy eficaz a este problema, dejando para más tarde, cuando sea la ocasión más propicia, o el ambiente haya variado, encarar este problema como debe serlo. Lo esencial es circunscribirse a votar uno de esos proyectos, cualquiera que sea, para evitar la perturbación que fatalmente produce el encarar problemas tan complejos sin una opinión uniforme de la comisión correspondiente.

De una vez por todas debemos decidimos por alguno de los tantos proyectos presentados y votarlo, para ver si en parte se puede aliviar la situación actual.

Me parece que si nos circunscribimos a ese criterio podremos solucionar en parte la situación planteada en la capital. No erco que el problema quede resuelto con la votación de ese proyecto, pero erco que aprobado el mismo por el senado podría presentarse otro que consultara definitivamente los intereses de la colectividad.

No podemos encarar este asunto de otra manera, porque sabemos que estos proyectos modifican principios que muchos han aprendido a considerar como inmutables; y, por consiguiente, si nos encontramos de pronto con una serie de proyectos que modifican tales principios, la desorientación es explicable y prolongar, sin fijar un criterio, esta discusión es prolongarla sin resultado práctico alguno.

Nada más.

Sr. Maidana. — Pido la palabra.

La moción del señor diputado del Valle, acerca de si este asunto vuelve o no a comisión, ha sido suficientemente discutida. Creo que corresponde, entonces cerrar el debate.

En ese sentido hago moción.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Juntamente con la moción del señor diputado del Valle está en discusión la del señor diputado Sánchez Sorondo.

Sr. Maidana. — Extiendo a esta última mi moción.

—Se vota si se cierra el debate, y resulta afirmativa.

Sr. Dickmann. — Pido que sea nominal la votación sobre si los despachos vuelven a comisión.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar, señor ministro.

La presidencia debe consultar a la cámara sobre si está apoyada la indicación de que se vote nominalmente.

Sr. Maidana. — Si me permite el señor presidente...

El señor ministro ha pedido la palabra, y con el objeto de que pueda hablar, retiro mi moción hasta que termine de hacer uso de ella.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — En este momento se está comprobando si la indicación de que la votación sea nominal está o no apoyada.

Sr. Secretario (González Bonorino). — No está suficientemente apoyada.

Sr. Rodeyro. — ¿Cuántos diputados se necesitan?

Sr. Secretario (González Bonorino). — 18, señor diputado.

Sres. Rodeyro y Dickmann. — Hay más de 18.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Tengan la bondad de ponerse de pie los señores diputados que apoyen la moción.

Sr. Secretario (González Bonorino). — Ahora está suficientemente apoyada.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se estaba votando, señor ministro y por eso no le había concedido la palabra.

Sr. Mora y Araujo.—Me parece que se ha resuelto que el señor ministro puede hacer uso de la palabra y creo que no puede haber inconveniente en ello.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Reglamentariamente no es posible, pero si hay asentimiento de la cámara...

Sr. Maidana. — Pido la palabra.

Para que se acceda a la indicación del señor diputado por Corrientes, yo la voy a completar en el sentido de que se reconsidere la votación anterior de cerrar el debate hasta después de oír

la palabra del señor ministro de hacienda, porque creo que la cámara debe ser deferente con el señor ministro que hace dos horas que está en el recinto.

Sr. Vedia. — Y cuya presencia se ha requerido.

Sr. Maidana. — De manera que hago indicación de que se reconsidere la moción de cerrar el debate, y que ella renazca una vez que haya terminado de hablar el señor ministro de hacienda, cuya palabra ha de interesar seguramente a los señores diputados para resolver el problema que discutimos.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Habiendo asentimiento, no es necesario votar y puede usar de la palabra el señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — En la sesión de ayer, señor presidente, la honorable cámara resolvió invitar al ministro que habla y al señor ministro de justicia e instrucción pública para que, representando al poder ejecutivo como poder colegislador, participaran en el debate de la interesante cuestión que en estos momentos preocupa la atención de los señores diputados; y aun cuando es este el momento menos propicio para hacer conocer la opinión del poder ejecutivo, desde que estamos en presencia de una moción que por el reglamento debe votarse inmediatamente, he creído que era el único instante en que el poder ejecutivo podía traer su palabra, y por eso la he solicitado y la usaré brevemente.

El poder ejecutivo ha seguido con particular interés la presentación de los distintos proyectos que tienden al fin único de abaratamiento de la vivienda en general, tanto más cuanto que él mismo se halla empeñado en el estudio de la misma cuestión, reuniendo todos los antecedentes y todos los elementos de juicio que deben de ilustrarlo para poder enviar a la consideración del honorable congreso un proyecto que resuelva, no sólo temporariamente esta cuestión de los alquileres, sino que lo haga en una forma

definitiva y no sólo modificando la ley de forma sino yendo al fondo mismo de ella, desde el momento que el problema de los alquileres está íntimamente vinculado a una cuestión de orden económico de carácter nacional.

Este debate se ha caracterizado por una circunscripción a la capital federal, y si bien es cierto que es en la capital donde el problema se presenta en una forma más apremiante, es necesario no olvidar que en otras ciudades importantes de carácter fabril, sobre todo, como el Rosario y otras del interior, el problema de los alquileres es también de actualidad, y el poder ejecutivo ha sentido que su deber es traer a la consideración del honorable congreso un proyecto que abarque el problema en toda su extensión.

Compelido por circunstancias bien conocidas y absorbido por preocupaciones de otro orden, no le ha sido posible enviar ese proyecto, como eran sus deseos, para que su presentación en la cámara coincidiera con este debate, pero promete hacerlo de inmediato.

Las circunstancias que acabo de enunciar pondrán de manifiesto por qué razón el poder ejecutivo no podrá concurrir al debate en las sesiones siguientes, desde el momento que anticiparse a su propio proyecto implicaría quizás perder su eficacia; pero, vuelvo a repetirlo, el poder ejecutivo está empeñado no solamente en enviar el proyecto sino en la acción, pues, como hace un momento lo recordaba el señor diputado del Valle, el ministerio de obras públicas ha concertado la fabricación de ladrillos en grandes cantidades, de tal manera que será posible entregar en la capital y algunos puntos del territorio de la república no menos de cinco a seis millones de ladrillos, cantidades que mensualmente irán aumentando de manera tal de poder satisfacer todas las demandas de este material, que, como es sabido, es uno de los que más incide en el encarecimiento de las construcciones sobre todo de las construcciones para los hogares modestos, en que el complemento de

ornamentación no tiene la importancia que en las mansiones suntuosas.

Por estas razones, señor presidente, el poder ejecutivo no podrá continuar tomando parte en este debate hasta que, enviado su proyecto y conocidos sus lineamientos generales, se sepa si coincide o no con alguno de los proyectos que están en discusión.

Nada más.

Sr. Repetto. — El poder ejecutivo ¿va a distribuir en las comisarías los ladrillos?

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar la moción del señor diputado por Buenos Aires, de que vuelva este asunto a las comisiones de legislación y presupuesto, emplazándolas para despacharlo antes de fin de mes.

—Votan por la afirmativa los señores diputados: Aldao, Cabrera (E.), Cristobo, Fox, Gatica, Gibert, López, O'Farrell, Otamendi, Quiroga, Rodríguez (C. A.), Santa María y del Valle.

—Votan por la negativa los señores diputados: Agüero Vera, Anastasi, de Andreis, Arana, Aranda, Arámburu, Aráoz (J. L.), Arnedo, Astrada, de Barry, Bas, Beiró, Bermúdez, Bravo, Bunge, Cafferata, Caracoche, Carol, Carosini, Ceballos Costanti, Cortínez, Correa, Costa, Daneri, Díaz de Vivar, Dickmann, Echagüe, Fernández (D.), Fernández (J.), Ferrarotti, Ferreyra, Francioni, Gallardo, González, González Iramain, González Zimmermann, Hernández, Justo, Lagos, Landáburu, Leguizamón, Leucinas, López Anaut, Maidana, Martínez (B.), Martínez (E.), Martínez (J. M.), Massoni, Méndez Casariego, Míguez Molinas, Montes, Mora y Araujo, Muzio, Noriega, Oliva, Olmos, Ortiz, Parry, Peña, Percyra Rozas, Pintos, Quinteros, Quirós, Repetto, Rodeyro, Rodríguez (J. R.), Rothe, Rougés, Sánchez Sorondo, Taboada, Tamborini, Tierney, de Tomaso y Vedia.

Sr. Secretario (González Bonorino). — Han votado 76 señores diputados por la negativa y 13 por la afirmativa.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar la moción del

señor diputado por Buenos Aires, a fin de que la cámara se constituya en comisión para continuar el debate sobre el despacho de la comisión de legislación.

— Resulta afirmativa.

9

INDICACIONES DE ORDEN

Sr. Martínez (E.) — Pido la palabra.

Las dos votaciones que acaban de tener lugar revelan el espíritu de trabajo de los señores diputados. Interpretando ese espíritu de trabajo hago moción para que la cámara resuelva sesionar hasta la hora 24, manteniendo el quórum.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar la moción de continuar la sesión hasta la hora 24 manteniéndose el quórum.

— Se vota la moción y resulta negativa de 37 votos.

Sr. Martínez (E.) — Que se rectifique la votación, porque no es posible que la cámara acabe de aprobar una moción para trabajar y en seguida se levante la sesión.

Sr. Rodeyro. — Voy a hacer una nueva indicación: que sesionemos el viernes.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a rectificar la votación.

*— Resulta nuevamente negativa de 34 votos, votando 83 señores diputados.

Sr. Rodeyro. — He hecho moción para que la cámara resuelva esta semana, porque tenemos pendiente la interpelación al señor ministro de hacienda y descamos terminar con este asunto— sesionar un día más, que sería el viernes. Hago moción en ese sentido.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar si la cámara resuelve sesionar el día viernes de esta semana.

— Resulta negativa.

Sr. Fernández (J.) — Que continúe la sesión.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Continúa la sesión.

Sr. Dickmann. — Hago moción para que se levante la sesión.

Sr. de Tomaso. — Hago moción para que la cámara, constituida en comisión resuelva adoptar como despacho el primer despacho de los tres miembros de la comisión de legislación.

Sr. Leguizamón. — La moción hecha por el señor diputado Dickmann es previa.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a leer el artículo 110 del reglamento.

— Se lee:

Artículo 110. — La cámara constituida en comisión resolverá si ha proceder conservando o no la unidad en el debate. En el primer caso, se observarán las reglas establecidas por los capítulos 13 y 14. En el segundo, podrá hablar cada orador indistintamente sobre los diversos puntos o cuestiones que el proyecto o asunto comprenda. La cámara reunida en comisión, podrá resolver por votación todas las cuestiones relacionadas con la deliberación y trámite del asunto o asunto-motivos de la conferencia, pero no podrá pronunciar sobre ellas sanción legislativa. La discusión de la cámara en comisión será siempre libre.

Sr. Sánchez Sorondo. — Pido la palabra.

Creo que nadie puede poner en duda el espíritu de trabajo que anima a la cámara. Creo que en este período parlamentario no ha fracasado ninguna sesión por falta de quórum, y todas ellas se han iniciado a la hora 16, y muchas se han levantado después de la 24; alguna a las cuatro.

Sr. Tamborini. — Es el milagro del pago de la dieta por asistencia.

Sr. Sánchez Sorondo. — No, señor diputado. Porque esa reforma, que, debo recordar, fué debida a los señores diputados Demaría y Moreno, rigió el año pasado y sin embargo fracasaban las sesiones.

Por consiguiente, creo que procederíamos con toda seriedad si después de

haber resuelto que la cámara se constituya en comisión para abordar el estudio de este asunto, levantásemos ahora la sesión para reunirnos mañana, a fin de que los señores diputados tengan tiempo para pensar si debemos empezar el trabajo sobre la base de los dos despachos que tiene a consideración la cámara o reformar ese orden. Porque ese es el concepto del trabajo en comisión.

En tal sentido, hago moción para que se levante la sesión.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — La había formulado anteriormente el señor diputado por la capital.

Sr. Martínez (E.) — Sería para continuar con la discusión de este asunto el martes próximo, porque creo que la sesión de mañana está destinada a tratar la interpelación al ministro de hacienda.

Sr. Sánchez Sorondo. — Puede terminarse antes.

Sr. Ferrarotti. — Antes de que se vote la moción del señor diputado por Buenos Aires, cuyo resultado no puedo prever, haría una indicación útil, y es que se autorice a la secretaría para que haga imprimir todos los proyectos que se presentaron antes y después de iniciarse la discusión de este asunto, que se refieren al mismo tema y que se encuentran a estudio de otras comisiones

como la de presupuesto, entre ellos el proyecto general que yo presenté sobre alquileres, que está a estudio de la comisión de legislación; para que así, una vez constituida la cámara en comisión, ya que el trabajo se va a hacer sobre las iniciativas y orientaciones que puedan surgir, tengan a la vista los señores diputados los proyectos presentados. Lo mismo digo respecto del proyecto del señor diputado Martínez, a que se ha referido en su discurso de hoy.

—Asentimiento.

Sr. Sánchez Sorondo. — Las palabras del señor diputado abonan la conveniencia de votar la moción que he formulado.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Se va a votar la moción del señor diputado por la capital, reiterada por el señor diputado por Buenos Aires, de levantar la sesión; quedando entendido que si la votación resulta afirmativa, la cámara al volver a reunirse lo hará constituida en comisión para el estudio de este asunto.

—Resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Sánchez de Bustamante). — Queda levantada la sesión.

—Es la hora 20 y 10.